

La Esfera

10 Junio 1916

Año III.—Núm. 128

ILUSTRACION MUNDIAL



LA MAJA DE LAS CAMPANILLAS, cuadro de José Pinazo Martínez



DE LA VIDA QUE PASA
EN EL TRANVÍA

PRIMERO entró una arrogante mujer de treinta años. En su carne, repleta y blanca, triunfaban esas doradas entonaciones con que ciertos frutos anuncian la madurez. Como un tropel de llamas se retorcan las ondas de sus cabellos japos bajo las alas del sombrero. Los ojos, verdes, recordaban, por la expresión, más á Citera que á Minerva. Tenía la nariz un sí es no es respingona, carnosos los labios, la nuca sembrada de ricillos, el pecho alto, la cintura redonda, amplias las caderas y presuntuoso el andar.

Entró, cierta de su poderío sobre los hombres, de su superioridad sobre las mujeres, no dudando que en los ojos de ellos resplandecería el deseo y en los de ellas la envidia.

Asentó junto á dos viejas peripuestas que refunfuñaron al hacerle lugar y puso en el techo los ojos para que las lámparas eléctricas los afaetasen, trocándolos en esmeraldas.

Detrás de la dama pasaron á los interiores del tranvía una señora, en la cual era todo vulgar, gesto, figura, vestimenta... y una arañita humana, niña infeliz de diez á doce años, sobre quien tuvo la naturaleza el capricho feroz de reunir todos sus errores para formar un monstruo.

Figúrense mis lectores un cuerpecillo enclenque, huesudo, en el que todo eran jorobas, desviaciones y anquilosis. Las piernas se torcían en arco, como las del sapo cuando se dispone á saltar; una cadera sobresalía más que la otra; los brazos, rematados por manos sarmentosas, ofrecían largura simiesca; la joroba posterior subía esferoidalmente hasta el occipucio; la anterior descolgaba en punta al nivel del estómago.

Entre las jorobas, sin cuello visible que le sirviera de sostén, se balanceaba una cabeza, ¡triste cabecita! de purulenta lividez, donde languidecían dos pupilas anémicas y se desmechaban, recordando los flecos del panizo, cabellos lacios y ocres.

Ocuparon sitio frente á la hermosa, que no se dignó mirarlas; tal vez su desdén significase envidia porque la curiosidad, el triste asombro despertado por la arañita humana sobrepujaron á la admiración producida por la bella mujer. Todas las miradas se encaminaban hacia la contrahecha; en todos los labios había para ella frases de sincera piedad ó de burlona compasión.

La niña, con los párpados bajos y las manos hechas cruz encima de la falda, aparentaba no darse cuenta del efecto que producía: acaso no se la diera realmente. Siempre le debía ocurrir lo propio: la persistencia del martirio provoca en sus víctimas la insensibilidad.

Una flamencota de los barrios bajos, tomó por asalto el tranvía, echando sapos y culebras contra el cobrador, por no haber hecho sonar el timbre á la primera señal; contra el conductor, por no haber detenido el vehículo inmediatamente.

—¡Demonio de los tios!—exclamaba—. ¡Ni que la convidasen á una! ¡Así que estoy yo, con mis noventa y ocho kilos, pa subirme de un salto!...



Si no estaba para dar saltos, estuvo para dejarse caer á plomo entre las viejas y la señora rubia, sobre el único asiento vacío en aquel lado del carruaje. Fué su acción con la entrada de una cuña á martillo.

Las viejas gritaron, recogiendo; la rubia sostuvo el envite sin ceder terreno, en lucha de potencia á potencia, pero se notó que le producía contrariedad el roce de aquella carnaza.

Junto á la contrahecha había dos asientos vacíos. Debió comprender la molestia de la señora rubia porque, encarándose con ella, le dijo con una vocecita muy dulce, muy acariciadora:

—Ahí estás muy estrecha. Aquí tienes más sitio. ¡Siéntate á mi lado y estarás más cómoda, mamá!

Al oír este nombre, «mamá», hizo la rubia un gesto de despecho.

Ni siquiera contestó á la chiquilla, pero en sus ojos brillaron relámpagos amenazadores.

Aquellos relámpagos hablaban diciendo á la arañita:

—¿Qué necesidad tiene la gente de saber que yo, tan hermosa, tan fuerte, he parido un guñapo tan canijo, tan feo, tan repugnante como tú!...

El amor propio de la buena moza, se imponía en esta hembra al amor santo de la madre. Permanecía en su sitio, estrujada por la flamencota barriobajera, hurtando el mirar á la criatura infeliz, sin dar respuesta á la proposición que le hizo, como si se la hubiese hecho á otra, como si su belleza avasalladora no tuviese nada que ver con aquella horrible fealdad.

Solo que su disimulo fué inútil. Todos los viajeros se enteraron del lazo que unía á las dos y todos llevaban sus ojos en interrogación hacia la madre como preguntándole á qué era debido aquel enjendro, por qué atavismo vengador, ó por qué intrusión de un ser monstruoso traído á sus brazos por cálculo egoísta ó por capricho sádico, pudo ella concebir, en un vientre de diosa helénica, un bicho de aquellarre.

La rubia sentía caer sobre su conciencia aquellas interrogaciones.

Las sentía y su rostro se incendia en rubor y su alto pecho ondulaba presurosamente á impulsos del entrecortado alentar. Sus labios se abrieron para ceder paso á un suspiro; en sus ojos cristalizó una lágrima.

Solo que el suspiro no era de pena por la desventura de su hija. Tampoco era la lágrima dolor.

Bien demostró lo que significaban lágrima y suspiro la arrogante mujer, alzándose rápida del asiento y gritándole al conductor:

—¡Pare usted!

—Aún no hemos llegado— interrumpió la señora vulgar.

—No importa.

Y encarándose con la contrahecha, dijo:

—¡Echa delante, niña!

Political Status

Un Aguila cerníase, de los espacios dueña,
con el pico de acero y de oro el corazón,
el rayo entre las garras y en el pecho la enseña
del símbolo magnánimo de una constelación.

Fascina desde lejos con su iluminación
y nubla con sus alas la zona que domeña;
evita á sus iguales, pero la lid empeña,
si alcanza por las cumbres á un mísero gorrión.

Así, al ver al cordero de la Isla borinqueña,
desciende á devorarlo, como una exhalación...
Mas, quédase en suspenso el Aguila nortea...

¡Rompen las bravas olas en súbita erupción
y surgen del abismo, que circunda á la peña,
la Loba latina y el Gallo de Francia y el ibero León!

Puerto Rico

José DE DIEGO

JOAQUÍN DICENTA

DIBUJO DE MEDINA VERA

LORD KITCHENER



El torpedeamiento del crucero *Hampshire* ha puesto término a la gloriosa existencia de Lord Kitchener, la figura militar más prestigiosa de Inglaterra, muerto Lord Roberts, que fué, sin duda, la más popular y admirada por el mundo británico.

Creado Barón de Kitchener en 1898, al dar victorioso término de la campaña del Sudan, y Vizconde en 1902, como recompensa de su triunfo sobre los boers, con-

firióle el Rey Jorge hace precisamente un año la Orden de la Jarretera, con cuyo traje é insignias aparece retratado en esta página. Actualmente era ministro de la Guerra, debiéndose á él la organización del Ejército inglés para la campaña contra Alemania. Había nacido en 1850, teniendo, por tanto, setenta y seis años. La pérdida del prestigioso militar será para Inglaterra verdaderamente sensible.

LA ESFERA
ARTE MODERNO



RETRATO DE MI HIJA, cuadro de Pinazo Martínez



EL CRUCERO



Los viejos peregrinos de barbas apostólicas
rezan sobre las gradas de piedra del cruceiro;
el sol nimba de oro sus frentes melancólicas
y hay un son de campanas en la paz del sendero.

Hay un ambiente azul de místico retablo,
los romeros rezongan su plegaria sencilla
y detrás de la cruz ven los cuernos del diablo,
que acecha la flaqueza de su carne amarilla.

Va cayendo la tarde... Los viejos peregrinos
se alejan lentamente por los largos caminos,
parpadean las luces lejanas de la aldea.

El cruceiro, en la sombra crepuscular, se esfuma,
y surge de un recodo, con su perfil de bruma
y con dos fuegos fatuos, por ojos, la Estadea.

FOT. SOL



De noche, cuando llovan las gaitas añorantes
y hay una poesía tan sedante y tan honda,
según dicen las rancias consejas inquietantes,
a la luz de la luna, los muertos van de ronda.

Dasan, junto al cruceiro, torvos encapuchados,
al ritmo de una lúgubre y extraña letanía,
con tristes campanillas y hachones enlutados
va augurando la muerte la santa compañía.

Lo dicen los estrigos y las saludadoras:
si veis el Santo Entierro, en las nocturnas horas,
disponed vuestro espíritu, porque el fin es certero.

Un día un peregrino, de esclavina y bordón,
tuvo, al cruzar el bosque, la siniestra visión,
y le hallaron difunto, tendido en el cruceiro.

Emilio CARRÉRE





NUESTRAS VISITAS

EUGENIO D'ORS, "XENIUS"



El ilustre escritor catalán "Xenius", en su gabinete de trabajo

ESTE periodista, lector, es una abeja que tan pronto irae á su colmena de LA ESFERA miel de las flores de Castilla, como de Andalucía, como de Aragón, como de Cataluña...

Verás... Un automóvil nos había dejado á Casas Abarca, á Campúa y á mí, en el número 416 de esa hermosísima vía barcelonesa que se llama Diagonal y un ascensor nos llevó á un piso suntuoso, piso de prócer artista, nunca hogar de un escritor que tiene que andar por la vida con la muleta de su pluma. Era la casa de «Xenius», el gran escritor catalán, el exquisito filósofo, todo cerebro y rebeldía...

El mismo nos pasó á su despacho.

«Xenius» es joven, alto, recio... Su gesto es blando, afable, casi infantil; de vez en cuando se ilumina con altiveces y orgullos que luego su palabra fácil, lenta y dulce, se encarga de desvanecer... Durante su conversación, no aparta un instante sus pupilas de las del interlocutor, como queriendo penetrar con su espíritu en el rincón más recóndito de las almas... De vez en cuando, interroga con la mirada ó bien con estas preguntas: «¿No?...» «¿Eh?...» Alguien me dijo que «Xenius» era antipático... Como yo le concedo una importancia á la simpatía, le observé libre de todo prejuicio... «Xenius» es simpático... Tiene, sí, la vanidad del hombre que no ignora su propio valer; pero es simpático...

Y como viese que me sorprendía al ver una maleta al lado de la mesa de su despacho, me dijo, sonriendo:

—Es mi compañera... Está siempre preparada para un viaje. Para mí, la maleta es lo que el cráneo para los ascetas; me recuerda que soy libre de la localidad, libre de la vida... Por eso no me desanimo.

—Sin embargo, ama usted mucho á Cataluña, puesto que en ella tiene usted su residencia...

—Amo á Cataluña, sí, sobre todo y sobre todas las cosas... Pero no crea usted, ahora estoy quieto aquí, quieto, porque mi cargo de Secretario General del Instituto de Estudios Catalanes, convertido por mí en una institución de estudios generales, me tiene amarrado. Mi espíritu es errante é inquieto. Para mí no existen las fronteras y creo el mundo una Patria Universal que se debe recorrer poco á poco y á la que debe amarse por igual...

—¿Usted nació en Barcelona?...

—Sí, señor; pero soy un poco mestizo en americano y catalán. Aquí estudié, bien estudiada, mi carrera...

—¿Abogado?...

—Sí... Yo terminé de aprenderme todos los libros y fundamentos de Derecho á los veintidós años, que me doctoré...

—¿Y tenía usted afición á su carrera?...—inquirí.

«Xenius» apresuró la respuesta.

—No, nunca, no... Era el uniforme, ¿eh?...

Hizo una pausa; después prosiguió con lentitud:

—Lo que me ha interesado siempre hondamente es la filosofía... Y mi crisis, cuando terminé mi carrera obligada, era que yo no encontraba en España ni maestros, ni libros filosóficos... Poseído de un febril deseo de aprender, marché á Madrid... ¡Estaba aquello en materia filosófica tan estéril como Barcelona! Algo, un poco, me ofrecieron Ginés y Salmerón.

—¿Escribía usted ya?...

—Sí, señor...; comenzaba... De Madrid marché á París...

—¿Tenía usted fortuna?...

—¿Cómo fortuna?... Yo, en París, me ganaba la vida con la pluma.

—¿Escribiendo en francés?...

—No, señor. Me llevé desde aquí la correspondencia de *La Veu* y en ella escribía con tres ó cuatro seudónimos distintos... «Xenius», D'Ors y tres ó cuatro nombres más. Mi vicio era y es la multiplicidad... Disfrazarme... Dar á conocer con mi misma pluma individuos distintos. ¿No?...

—Entonces comenzó usted en *La Veu* su famoso «Glosario» tan notable y justamente elogiado...

—Lo empecé hace diez años, en 1906, y desde entonces, día por día y sin faltar una siquiera, he enviado mis cuartillas á *La Veu* desde el rincón del mundo donde me encontrase... A veces las he perjeñado en una estación, á bordo, en un tren, en el hotel, en donde estuviese... Yo, jamás he faltado... No me lo exigía nadie, pero era y es una obligación que yo me había impuesto; y á los mandatos de uno mismo son á los que se debe ser más fieles. Bueno... ¡Al año de estar en París, vine á España á casarme; á los quince días volví á París...

—¿Y allí encontró usted maestro?...

—Sí, señor; Poncaire... El ha sido el hombre que me ha enseñado á interesarme por las ciencias y el que me encaminó rectamente por el sendero de la filosofía, que empecé á producirla el año 1908 en dos Memorias que escribí. Una de ellas, titulada «Tratado de la libertad y de la pujanza de Napoleón», recuerdo que para llevar á cabo este trabajo, tomé una casita cerca de Bruselas y de Waterloo... También escribí por entonces dos libros más: «El residuo de la medida de la ciencia por la acción» y «Religión y libertad». Se publicaron en francés y en italiano. A poco de esto, estuve en Alemania, fui miembro de un Congreso en Italia, donde pasé un semestre; después regresé á París, donde estuve dos años estudiando Psicología... y estos dos años los pasé de observación en dos asilos de lo

cos... Tras de ésto, me trasladé á Holanda, donde me interesaban unas experiencias biológicas de un ingeniero llamado Vries... Hice también grabados al aguafuerte... Escribí varios libros, Memorias y tratados y el año 1909 me nombraron aquí catedrático de los estudios universitarios sobre materias filosóficas...

—¿Y se trasladó usted á Barcelona?

—No, todavía no. Venía un mes al año y me volvía á París, Alemania, Munich, Italia, donde estuviese mi espíritu. ¿No?... Así, pues, como le digo á usted, era un hombre errante. Los últimos viajes ya los hacía en relación é inteligencia con elementos de aquí, que querían trabajar en cosas nuevas. A poco de ésto, fuí llamado para el Instituto de Estudios Catalanes... Allí he fundado en tres años una biblioteca compuesta de 47.000 volúmenes... Y, por ahora, apenas me permito hacer alguna excursión á Madrid, París y Suiza.

—Y usted—le pregunté un poco intrigado—¿qué aspiraciones tiene para lo porvenir?

«Xenius», el joven laborioso y filósofo, meditó un instante; después, como pensando en alta voz, exclamó:

—¡Mis aspiraciones!... Mi aspiración es la serenidad de la vida, como me parece que ha de ser la de cualquier hombre que quiera vivir con intensidad igual la eternidad y la modernidad... Yo, amigo mío, soy y quiero ser á la vez *nuevecientista*, es decir, hombre de mi siglo, hombre del siglo xx, é idealista, hombre que se esfuerza en ver una ilusión en el tiempo... *Elsophrosine*, la armonía, calma, equilibrio y continua posesión y dirección de sí propio, me parecen el bien humano más apetecible, y así me lo concediesen los dioses, en los cuales, al pie de la letra, creo. Pero el hombre moderno se encuentra con dos enormes motivos de turbación, que un griego no conoció: la *Mujer* y el *Trabajo*. Estos motivos de turbación se nos han impuesto, son inevitables; no podemos eliminarlos. Se trata, pues, y este es tal vez el problema fundamental de la ética moderna, de incorporarlos al juego de nuestra serenidad moral. La solución del primer problema está, acaso, principalmente en el cultivo y goce de las artes figurativas, únicas, que sin quebranto de nuestro monogamismo esencial de hombres trabajados por el cristianismo y el sentido de derecho, pueden traer á nuestra sensibilidad el escape á la angustia y el enriquecimiento de la multiplicidad. La cuestión del trabajo, la cuestión profesional, es aún más difícil; la civilización moderna ha centrado su ideal en el tipo del trabajador, del *artesano*, y yo mismo he canonizado de todo corazón este tipo humano en «Aprendizaje y heroísmo». Este tipo, sin embargo, es anti-griego y hay que esforzarse en conciliarlo con el tipo perfecto de aquella civilización: *el filósofo*, hijo del ocio exquisito... Ser á la vez en la propia profesión, *filósofo* á lo griego y *artesano* á la moderna, ¡qué difícil ideal!... Difícil, pero insustituible.

Calló D'Ors. Todo ésto, dicho con una perfecta sencillez, me había encendido en más admiración sincera... Le pregunté:

—¿Cuáles son sus literatos preferidos?...

—Mis veneraciones literarias tienen dos caminos. De una parte, procuro inspirarme en la tradición de esos grandes antepasados, maestros de la multiplicidad—que ya le he dicho á usted es mi gran pecado, mi sirena—, De Leonardo, Leibnitz, Goethe... El tipo de filósofo ó de hombre de ciencia, jamás ha correspondido,

en los mejores tiempos, al estrecho tipo de profesor especulista miopemente creado por el siglo xix. Aun en este siglo, mi maestro Henri Poincaré continuó la buena tradición; cuando él murió y escribí que había sido el último sabio, á la manera resucentista. Sin embargo, lo mismo se escribió cuando Berthelot desapareció y no era cierto; siempre nos equivocamos cuando tomamos *lo último* en algo. Hoy mismo tengo gran admiración por Pierre Duhem, físico é historiador admirable. Por otro lado, mis admiraciones literarias van por los autores estrictos, secos, económicos. He aprendido muchísimo de los autores de prosas breves, como Aloyssins, Ber-

go es mortal; el monologuista ú orador termina siempre por *funcionar* sin pensar.

—¿Cuántos libros tiene usted publicados?

—No recuerdo... Además, sería cansado enumerar sus títulos, pues son de materias distintas.

—Dígame, entonces, cual se vende más.

—«La muerte de Isidro Nonen» y «La bien plantada». De ellos se han hecho cuatro ediciones... «La bien plantada», sobre todo, se vende mucho en América; al castellano la tradujo Marquina... Ahora le dedicaré á usted algunos de mis libros; no todos, por no abusar de la hospitalidad de su maleta...

Reímos. Mientras que «Xenius» me los dedi-



Eugenio D'Ors, en su biblioteca

FOTS. CAMPÚA

trand ó Julio Renard, y mejor que nadie La Rochefoucauld y Labruyère, á los cuales he traducido enteramente. En la literatura castellana tengo en aprecio grande á «Azorín», estilista maravilloso.

—¿Es usted aficionado al teatro?

—En absoluto—rechazó—. Dos cosas no me interesan ni me gustan: el teatro y la oratoria...

—Pues es raro, porque habla usted muy bien.

—Nada de eso; me animo conversando; la cosa que me parece más importante es el diálogo. Sea el que sea... desde el amoroso hasta el profesional. Me par ce que no se puede pensar sino en diálogo; las cosas grandes se han hecho conversando; pero lo que importa es que la conversación sea verdadero diálogo; el monó-

caba, yo curioseaba unos dibujos muy originales que adornaban las paredes...

—Son hechos por mí—me dijo D'Ors—. Pensamos con los ojos, ¿no?... y yo gusto de dibujar siempre la imaginada ó el imaginado por mi pensamiento... Así, pues, antes de describir tipos con la pluma, los dibujo... ¡claro que sólo para mí!... En tiempos se publicaron algunas cosas mías...

Eran las tres menos cuarto. Campúa me dirigió unas miradas chispeando cólera, por el retraso de nuestras comidas. A Casas Abarca, le había puesto de pie la impaciencia...

«Xenius» y yo nos dimos cuenta de la «situación» y tuvimos piedad para los estómagos...

EL CABALLERO AUDAZ



CUENTOS DE LA GUERRA

NOCHE SERVIA



Las once de la noche. Es la hora en que cierran sus puertas los teatros de París. Media hora antes cafés y restaurants han echado igualmente su público á la calle.

Nuestro grupo queda indeciso en una acera del bulevar, mientras se desliza en la penumbra la muchedumbre que sale de los espectáculos. Los faroles, escasos y encapuchados, derraman una luz fúnebre, rápidamente absorbida por la sombra. El cielo, negro, con parpadeos de fulgor sideral, atrae las miradas inquietas. Antes la noche sólo tenía estrellas; ahora puede ofrecer de pronto teatrales mangas de luz en cuyo extremo amarillea el zepelino como un cigarró de ámbar.

Sentimos el deseo de prolongar nuestra velada. Somos cuatro: un escritor francés, dos capitanes servios y yo. ¿A dónde ir en este París obscuro, que tiene cerradas todas sus puertas?... Uno de los servios nos habla del *bar* de cierto hotel elegante, que continúa abierto para los huéspedes del establecimiento. Todos los oficiales que quieren trasnochar se deslizan en él como si fuesen de la casa. Es un secreto que se comunican los hermanos de armas de diversas naciones cuando pasan unos días en París.

Entramos cautelosamente en el salón profusamente iluminado. El tránsito es brusco de la calle obscura á este *hall* que parece el interior de un enorme fanal, con sus innumerables espejos reflejando racimos de ampollas eléctricas. Creemos haber saltado en el tiempo, cayendo dos años atrás. Mujeres elegantes y pintadas, champán, violines que gimen las notas de una danza de negros con el temblor sentimental de las romanzas desgarradoras. Es un espectáculo de antes de la guerra. Pero en la concurrencia masculina no se ve un solo frac. Todos los hombres llevan uniformes—oficiales franceses, belgas, ingleses, rusos, servios—y estos uniformes son polvorientos y sombríos. Los violines los tocan unos militares británicos que contestan con sonrisa de brillante marfil á los aplausos y aclamaciones del público. Sustituyen á los antiguos zingáros de casaca roja. Las mu-

jeres señalan á uno de ellos, repitiéndose el nombre del padre, lord célebre por su nobleza y sus millones. «Gocemos locamente, hermanos, que mañana hemos de morir.» Y todos estos hombres, que han colgado su vida como ofrenda en el altar de la diosa pálida, beben! existencia á grandes tragos, rien, copean, cantan y besan con el entusiasmo exasperado de los marineros que pasan una noche en tierra y al romper el alba deben volver al encuentro de la tempestad.

ooo

Los dos servios son jóvenes y parecen satisfechos de que las aventuras de su patria los hayan arrastrado hasta París, ciudad de ensueño que tantas veces ocupó su pensamiento en la bárbara monotonía de una guarnición del interior.

Ambos «saben contar», habilidad ordinaria en un país donde casi todos son poetas. Lamartine, al recorrer hace tres cuartos de siglo la Servia feudataria de los turcos, quedó asombrado de la importancia de la poesía en este pueblo de pastores y guerreros. Como muy pocos conocían el abecedario, emplearon el verso para guardar más estrechamente las ideas en su memoria. Los *guzleros* fueron los historiadores nacionales y todos prolongaron la *Iliada* servia, improvisando nuevos cantos.

Mientras beben champán los dos capitanes, evocan las miserias de su retirada hace unos meses; la lucha con el hambre y el frío; las batallas en la nieve, uno contra diez; el éxodo de las multitudes, personas y animales en pavorosa confusión, al mismo tiempo que á la cola de la columna crepitan incesantemente fusiles y ametralladoras; los pueblos que arden; los heridos y rezagados, aullando entre llamas; las mujeres con el vientre abierto viendo en su agonia una espiral de cuervos que ávidos descienden; la marcha del octogenario rey Pedro, sin más apoyo que una rama nudosa, agarrotado por el reumatismo, y continuando su calvario á través de los blancos desfiladeros, encorvado, silencioso, desafiando al destino, como un monarca shakespiriano.

Examino á mis dos servios mientras hablan. Son mocetes carnosos, esbeltos, duros, con la nariz extremadamente aguileña, un verdadero picó de ave de combate. Llevan erguidos bigotes. Por debajo de la gorra, que tiene la forma de una casita con tejado de doble vertiente, se escapa una media melena de peluquero heroico. Son el hombre ideal, el «artista», tal como lo veían las señoritas sentimentales de hace cuarenta años, pero con uniforme color de mostaza y el aire tranquilo y audaz de los que viven en continuo roce con la muerte.

Siguen hablando. Relatan cosas ocurridas hace unos meses y parece que recitan las remotas hazañas de Marko Kraliovitch, el Cid servio, que peleaba con las *Wilas*, vampiros de los bosques, armados de una serpiente á guisa de lanza. Estos hombres que evocan sus recuerdos en un *bar* de París, han vivido hace unas semanas la existencia bárbara é implacable de la humanidad en su más cruel infancia.

El amigo francés se ha marchado. Uno de los capitanes interrumpe su relato para lanzar ojeadas á una mesa próxima. Le interesan, sin duda, dos pupilas circundadas de negro que se fijan en él, entre el ala de un gran sombrero empenachado y la pluma sedosa de una boa blanca. Al fin, con irresistible atracción, se traslada de nuestra mesa á la otra. Poco después desaparece, y con él se borran el sombrero y la boa.

Me veo á solas con el capitán más joven, que es el que menos ha hablado. Bebe; mira el reloj que está sobre el mostrador. Vuelve á beber. Me examina un momento con esa mirada que precede siempre á una confidencia grave. Adviño su necesidad de comunicar algo penoso que le atormenta la memoria con gravitación de suplicio. Mira otra vez el reloj. La una.

—Fué á esta misma hora—dice sin preámbulo, saltando del pensamiento á la palabra para continuar un monólogo mudo—. Hoy hace cuatro meses.

Y mientras sigue hablando, yo veo la noche obscura, el valle cubierto de nieve, las monta-

ñas blancas de las que emerjen hayas y pinos, sacudiendo al viento las vedijas algodónadas de su ramaje. Veo también las ruinas de un caserío, y en estas ruinas, el extremo de la retaguardia de una división servia que se retira hacia la costa del Adriático.

Mi amigo manda el extremo de esta retaguardia, una masa de hombres que fué una compañía y ahora es una muchedumbre. A la unidad militar se han adherido campesinos embrutecidos por la persecución y la desgracia que se mueven como autómatas y á los que hay que impeler á golpes; mujeres que aullan arrastrando rosarios de pequeñuelos; otras mujeres, morenas, altas y huesudas que callan con trágico silencio, é inclinándose sobre los muertos les toman el fusil y la cartuchera. La sombra se colora con la pincelada roja y fugaz del disparo, surgiendo de las ruinas. De las profundidades de la noche contestan otros fulgores mortales. En el ambiente negro zumban los proyectiles, invisibles insectos de la noche.

Al amanecer será el ataque arrollador, irresistible. Ignoran quién es el enemigo que se va amasando en la sombra. ¿Alemanes, austriacos, búlgaros, turcos?... ¡Son tantos contra ellos!

—Debíamos retroceder —continúa el servio—, abandonando lo que nos estorbaba. Necesitábamos ganar la montaña antes de que viniese el día.

Los largos cordones de mujeres, niños y viejos, se habían sumido ya en la noche, revueltos con las bestias portadoras de fardos. Sólo quedaban en la aldea los hombres útiles que hacían fuego al amparo de los escombros. Una parte de ellos emprendió á su vez la retirada. De pronto el capitán sufrió la angustia de un mal recuerdo. «—¡Los heridos! ¿Qué hacer de ellos?...» En un granero de techo agujereado, tendidos en la paja, había más de cincuenta cuerpos humanos, sumidos en doloroso sopor ó revolviéndose entre lamentos. Eran heridos de los días anteriores que habían logrado arrastrarse hasta allí; heridos de la misma noche que restañaban la sangre fresca con vendajes improvisados; mujeres alcanzadas por las salpicaduras del combate. El capitán entró en este refugio que olía á carne descompuesta, sangre seca, ropas sucias y alientos agrios. A sus primeras palabras, todos los que conservaban alguna energía se agitaron bajo la luz humosa del único farol. Cesaron los quejidos. Se hizo un silencio de sorpresa, de pavor, como si estos moribundos pudiesen temer algo más grave que la muerte.

Al oír que iban á quedar abandonados á la clemencia del enemigo, todos intentaron un movimiento para incorporarse; pero los más volvieron á caer.

Un coro de súplicas desesperadas, de ruegos

dolorosos, fué hasta el capitán y los soldados que le seguían...

—¡Hermanos, no nos dejéis!... ¡Hermanos, por Jesús!

Luego reconocieron lentamente la necesidad del abandono, aceptando su suerte con resignación. ¿Pero caer en manos de los adversarios? ¿Quedar á merced del búlgaro ó el turco, enemigos de largos siglos?... Los ojos completaron lo que las bocas no se atrevían á proferir. Ser servio equivale á una maldición cuando se cae prisionero. Muchos que estaban próximos á morir, temblaban ante la idea de perder su libertad.

La venganza balkánica es algo más temible que la muerte.

«¡Hermano! ¡Hermano!» El capitán, adivinando los deseos ocultos en estas súplicas, evitaba el mirarles. «¿Lo queréis?», preguntó varias veces. Y todos movían la cabeza afirmativamente. Ya que era preciso su abandono, no debía alejarse dejando á sus espaldas un servio con vida.

¿No habría suplicado él lo mismo al verse en igual situación?...

La retirada, con sus dificultades de aprovisionamientos, hacía escasear las municiones. Los combatientes guardaban avaramente sus cartuchos.

El capitán desenvainó el sable. Algunos soldados habían empezado ya el trabajo empleando las bayonetas, pero su labor era torpe, desmañada, ruidosa; cuchilladas á ciegas, agonías interminables, arroyos de sangre. Todos los heridos se arrastraban hacia el capitán, atraídos por su categoría, que representaba un honor, admirados de su hábil prontitud.

—¡A mí, hermano!... ¡A mí!

Teniendo hacia fuera el filo del sable, los hería con la punta en el cuello, buscando partir la yugular del primer golpe.

—¡Tac!... ¡Tac!...— marcaba el capitán, evocando ante mí esta escena de horror.

Acudían arrastrándose sobre manos y pies; surgían como larvas de las sombras de los rincones; se apelotonaban contra sus piernas. El había intentado volver la cara para no presenciar su obra; los ojos se le llenaban de lágrimas; pero este desfallecimiento sólo servía para herir torpemente, repitiendo los golpes y prolongando el dolor. ¡Serenidad! ¡Mano fuerte y corazón duro!... Tac... tac...

—¡Hermano, á mí!... ¡A mí!

Se disputaban el sitio como si temieran la llegada del enemigo antes de que el fraternal sacrificador finalizase su tarea. Habían aprendido instintivamente la postura favorable. Ladeaban la cabeza para que el cuello en tensión ofreciese la arteria rígida y visible á la picadura mortal. «¡Hermano, á mí!» Y expeliendo un caño de sangre se recostaban sobre los otros cuerpos que iban vaciándose lo mismo que odres rojos.

El bar empieza á desplegarse. Salen mujeres apoyadas en brazos con galones, dejando detrás de ellas una estela de perfumes y polvos de arroz. Los violines de los ingleses lanzan sus últimos lamentos, entre risas de alegría infantil.

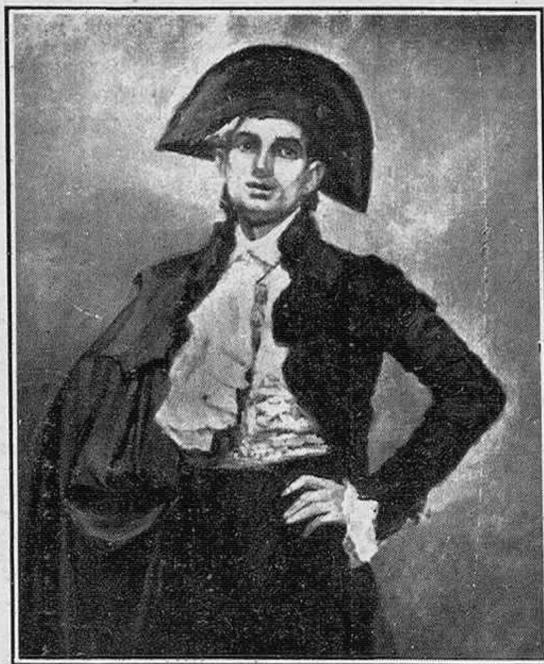
El servio tiene en la mano un pequeño cuchillo sucio de crema y con el gesto de un hombre que no puede olvidar, que no olvidará nunca, sigue golpeando maquinalmente la mesa... ¡Tac!... ¡Tac!...

Vicente BLASCO IBÁÑEZ—

DIBUJOS DE RIBAS



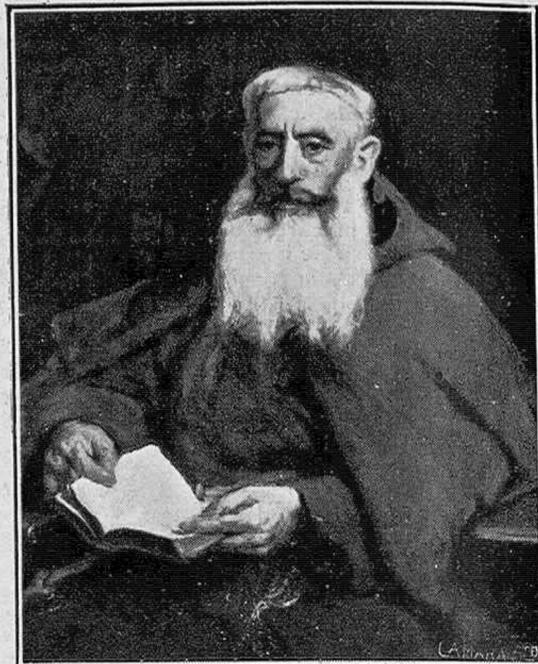
ARTE REGIONAL
EXPOSICIONES EN SEVILLA Y BADAJOZ



"Chispero", cuadro del Conde de Agular



"Niño de la gallina", cuadro de Manuel Benedito



"Fray Diego de Valencia", por Gonzalo Bilbao

En el Salón de fiestas de la sala Capitular cedido por el Ayuntamiento de Sevilla, se celebra la anual exposición organizada por la Sección de Bellas Artes del Ateneo de aquella capital.

Expléndido conjunto de obras han sabido reunir los organizadores y no falta en ninguna de las secciones de pintura, escultura, arquitectura y cerámica, aquellos artistas que más han hecho sonar el nombre de Sevilla con el prestigio de los suyos propios.

Gonzalo Bilbao, además del cuadro *Las Cigarreras*, y de ocho estudios del mismo, conocidos ya en Madrid por el éxito enorme que obtuvieron en la Nacional de 1915, presenta seis retratos y seis copias de Velázquez.

Destácase en los retratos, el de la señora de Delgado Brackenbury, resuelto con esa sobriedad de factura, con esa enérgica traza que han hecho de Gonzalo Bilbao uno de los primeros pintores de nuestra época. ¡Y á fé que es como contemplar las obras mismas de los antiguos maes-



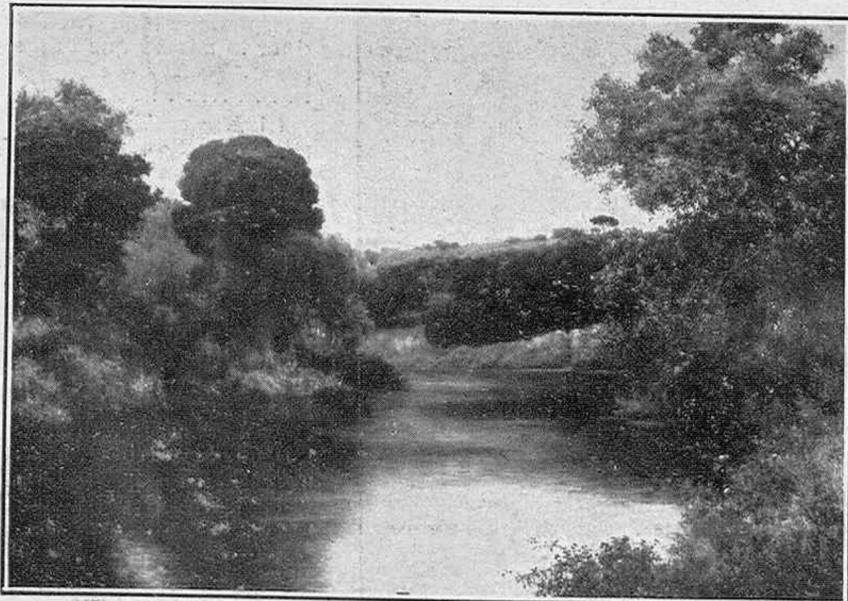
Sala central de la Exposición de Pinturas de Sevilla, patrocinada por el Ayuntamiento

tros, estos que el maestro de hoy ha ido reproduciendo tembloroso de emoción el espíritu y tan expertas las manos!

Gustavo Bacaristas presenta los dos lienzos que figuraron en la sala de extranjeros el año 1915, *Sevilla en fiesta* y *Soleá*—tan rico de color, tan jugoso y brillante el primero—dos figuras de majas, tres retratos al pastel y cuatro dibujos al carbón.

No ha limitado á este numeroso envío, revelador de sus varias facultades estéticas el señor Bacaristas su cooperación al Certamen del Ateneo sevillano. El cartel anunciador es obra suya y también bajo su dirección se ha decorado el local donde se celebra la exposición.

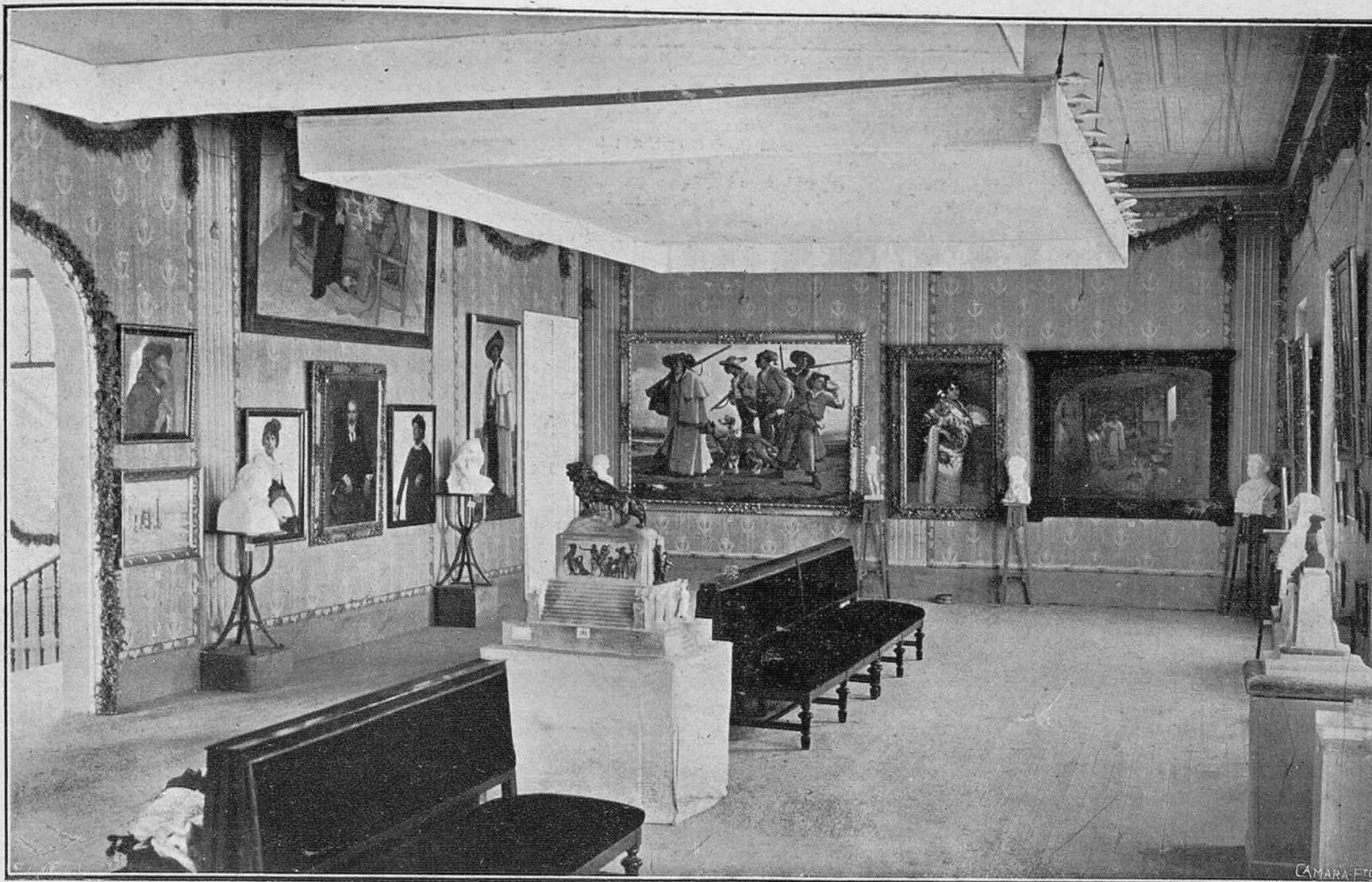
Santiago Martínez, uno de los artistas sevillanos de más afirmativo porvenir y mejor orientada tendencia, envía dos retratos verdaderamente admirables. Fijémonos en el nombre de este joven pintor, porque no tardará en ser uno de los que se impongan más justamente. Manuel Benedito presenta dos lienzos notabi-



"Primavera", cuadro de José Pinelo



FOTS. PÉREZ ROMERO "¡Quién supiera escribir!", cuadro de Manuel González Santos



Vista general del "Salón" en la Exposición del Ateneo de Badajoz.—Cuadros de Adelardo Covarsi, Angel Carrasco, Carmona, Antolín Pérez Rubio, etc., y esculturas de Aurelio Cabrera, Blanco, Rubio, Zoido y otros

lísimos, uno de los cuales es *El niño de la gallina*, bien conocido y admirado.

El paisajista Winthuysen, que recientemente obtuvo un gran éxito en la casa Vilches, expone tres paisajes muy notables.

Paisajes también presentan García Rodríguez, Pinelo Llull, Alorda, Souto—joh, la melancólica norteña de los gallegos campos en esta exuberancia vernal de la Andalucía, amada del sol!—Gil Gallango y Arbona, Lacácel y Arpa.

Deben citarse los dibujos de Lafita y de Smith, los grabados de Roberto Franco; *Un chispero*, del conde de Aguiar; *El aguador*, de Rico Cejudo; *Retrato de la señorita Ferragud*, de Alfonso Grosso; *Mi hermana*, de Pino; *El Favorito* y *La gitana de la flor*, de Diego López; un admirable bodegón de Eloy Zaragoza.

En escultura hay obras de Joaquín Bilbao, Castillo Lastrucci y Delgado Brackenbury.

En arquitectura proyectos de Talavera Espian, Gómez Millán, Yanguas y Traver. Y por último, en cerámica, la tradicional y característica arte sevillana, figura una magnífica colección de objetos de Laffite, Montalbán, Rodríguez, Tudela y el Marqués de Benamejí.

ooo

No menos notable y reveladora también de un esfuerzo digno de alabanzas es la VII.ª exposición provincial del Ateneo de Badajoz. Cerca de trescientas obras figuran en el catálogo y más de treinta artistas extremeños concurren a las secciones de pintura, escultura, caricatura y fotografía artística.

La comisión organizadora invitó especialmente a José María López Mezquita, el ilustre Presidente de la Asociación de pintores y escultores, como ejemplo y enseñanza de la juventud.

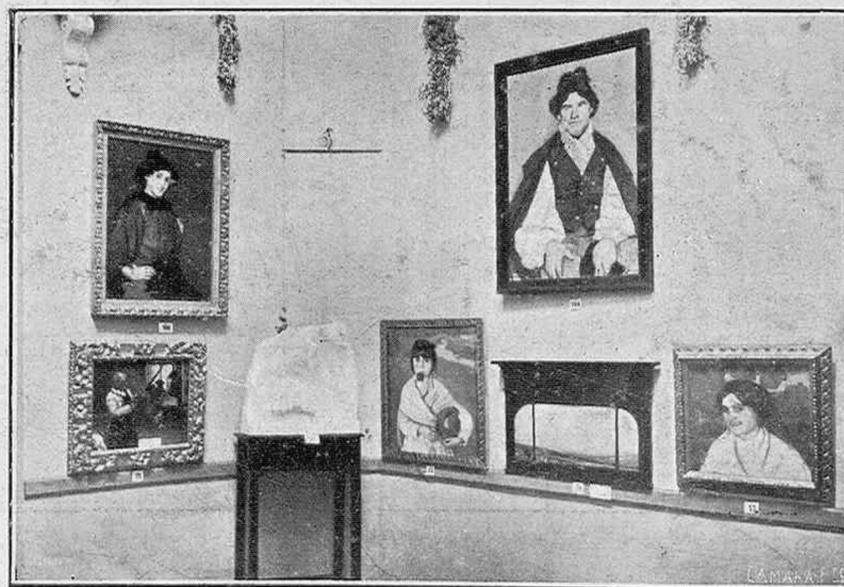
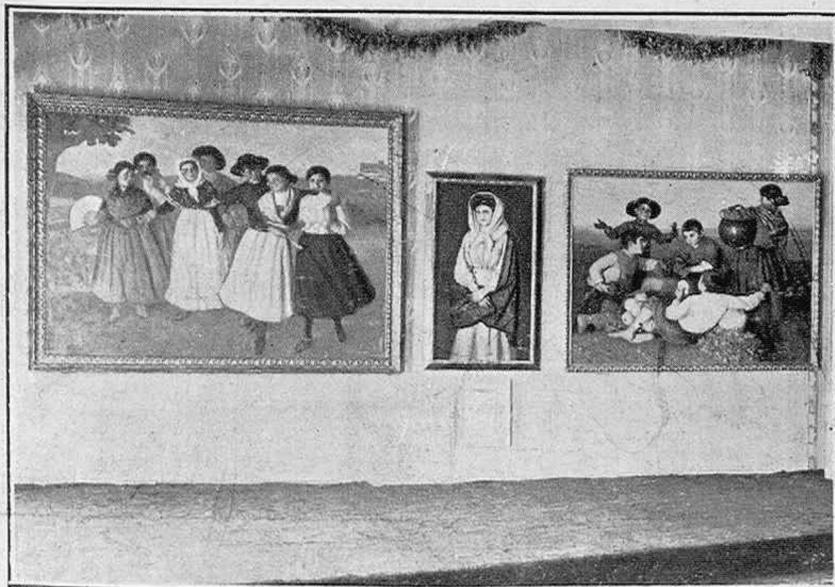
Se ha dedicado al joven maestro la sala de Honor y una vez más este arte noble, sincero, sobrio, inspirado en la pura y sana tradición española, ha obtenido extraordinario éxito.

Siguen en méritos al envío del insigne autor de *El Velorio* los lienzos *Paseo entre las Huertas* y el *Berrocal*, de Eugenio Hermoso, y *Cazadores furtivos*, *El maestro armero* y un tríptico de Covarsi.

Los dos jóvenes y admirabilísimos artistas reverdecen los laureles de su reciente exposición en Barcelona.

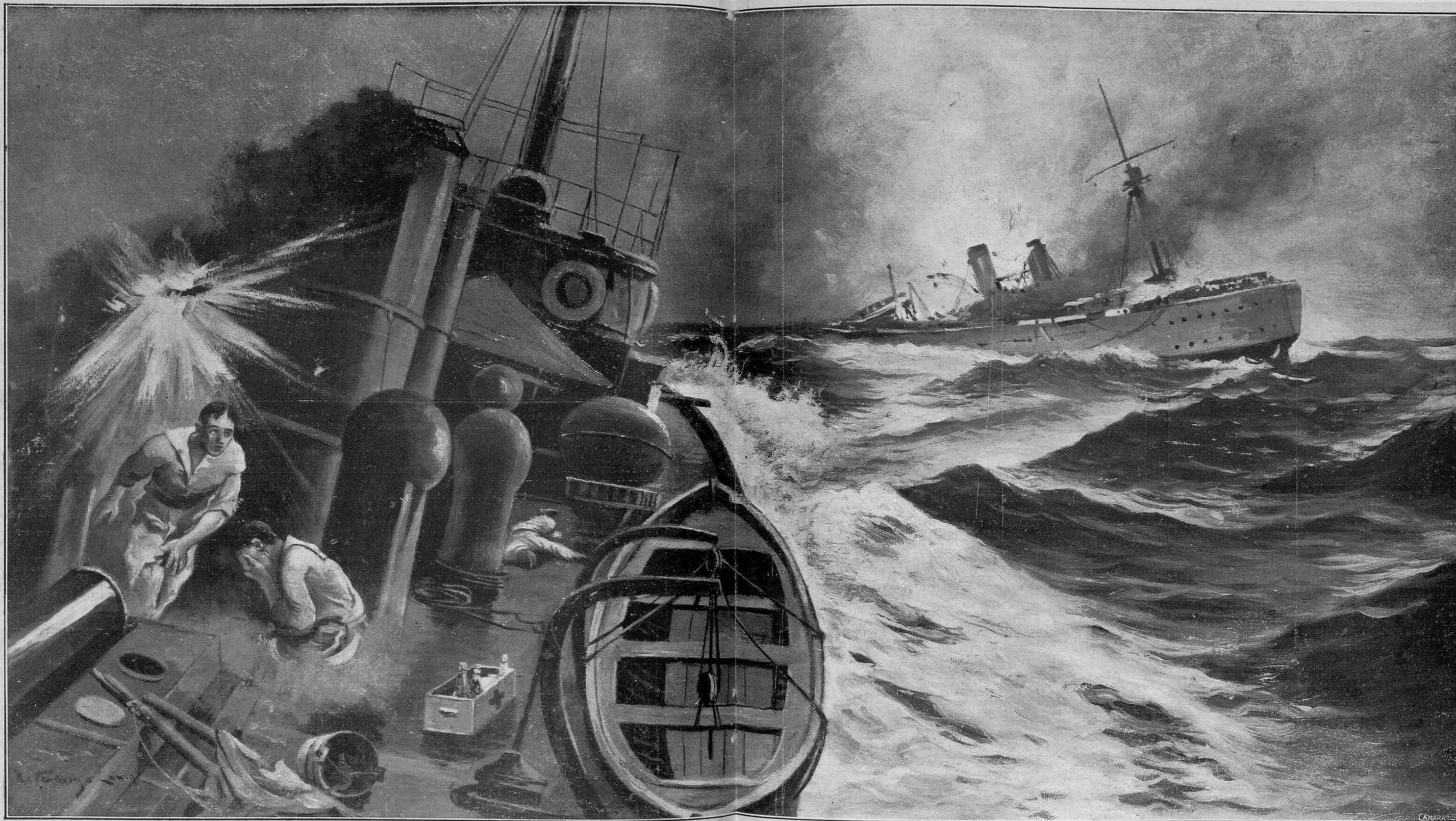
Debemos citar el *Retrato de hombre* de Ernesto Quirós y los paisajes de Carrasco Garrorena, así como en escultura varias obras de Aurelio Cabrera, Clivillés, Pérez Asuncion, y Torre Isunza, discípulo este último del gran escultor Mateo Inurria.

S. L.



Salas de la Exposición de Badajoz.—Cuadros de Hermoso, Covarsi y Quirós; esculturas de Julio Clivillés

BIBLIOTECA
M.º
ID



BIEN DE
BIBLIOTECA
N.º 10

COMBATE ENTRE UN "DESTROYER" INGLES Y UN CRUCERO ALEMAN, EN EL MAR BALTICO

Dibujo de R. Verdugo Landi

JARDINES DE GRANADA

(PARA SANTIAGO RUSIÑOL)



Jardín moruno y ruinas de un jardín Renacimiento, en Granada

Sólo los hombres estáticos, aquellos cuyas almas reconcentradas tienen la costumbre de elevarse al mundo ideal, son capaces de sentir la comunidad fraterna que nos une a toda la Creación. El Universo como realidad inmediata es lucha cruenta por las cosas. El Universo como idea superior es armonía de todo lo que existe: compenetración, solidaridad y comprensión. Los hombres de la calle viven en permanente persecución de fines instintivos, de intereses materiales. Su actividad busca los medios de satisfacer al animal que llevan dentro. Para ellos, arte, política, literatura son caminos conductores a la satisfacción de sus hambres. Pero existen otras almas más finas, depuradas quizá por el desencanto y la reflexión, almas que á veces han gustado de todas las harituras y probado el sabor de las heces, como aconteció á Santos, ó espíritus que por caminos de meditación fueron refinando sus sensaciones hasta elevarse á un estado de exquisita impresionabilidad, capaz de ponerlos en contacto con la secreta y eterna armonía.

Son los jardines remansos de misterio donde el alma en escucha percibe latidos del corazón universal. La vida callada de las plantas nos dice de un mundo diferente y hermano que pide ser comprendido, de una coordinación suprema en que el hombre no es centro egoísta, sino un elemento más del Cosmos.

Todos los pueblos cultos han amado á los jardines.

En Oriente y en Italia florecieron los más bellos. Nuestra España tiene también algunos muy hermosos; otros que tuvo han desaparecido ó están desfigurados por bárbaras mutilaciones y pegadizos.

Caracterízase el arte español y la vida española en general por constituir un matiz oriental de Europa.

Aquel estilo que en nuestro suelo brota con mayor originalidad es el Mudéjar. El Renacimiento italiano, al llegar á España, pierde su clásica sobriedad para tornarse en preciosista, adaptándose maneras árabes. En el barroco geométrico hallamos uno de los motivos ornamentales más caros á los pueblos de Oriente.

El jardín español había pues de reflejar los dos principios que luchan sobre nuestro suelo á lo largo de la Historia: Oriente y Europa.

Los jardines españoles responden en general al modelo del renacimiento, unos á la manera de Italia, otros á la moda de Francia. Es el jardín para los patricios romanos y para los nobles florentinos un reflejo de sus altivos palacios. En él se crea cierta arquitectura vegetal que corresponde á las columnatas, á las galerías inmensas, á las escaleras monumentales, al amor por la suntuosidad.

En esos jardines, el ciprés y el mirto recortados encuadran como piedras verdes las sendas enarenadas por las cuales avanzarán cortejos de Papas y Cardenales. Los mármoles traídos de Grecia combinan su carne dorada con el rojo de las rosas de Rávena y el ámbar de los racimos de Capri. El agua de los montes Albanos y de los Apéninos salta en conchas de alabastro que un cincel sabio ornó con sátiros bicornudos, faunos y ninfas, hipógrifos y hojas de acanto. La sombra de árboles nobles cobija un salón al aire libre, tapizado de césped, adornado con estatuas griegas, refrescado por fontanas de jaspe, amueblado con bancos y poltronas de pórfido, maravillosa sala de espectáculos en que el Cardenal de Ferrara, de púrpura vestido, ofrecerá á los Príncipes romanos conciertos y comedias.

Sobre las frondas talladas pasó la farándula italiana. Arlequín y Colombina rieron y lloraron con trajes de seda bordados en oro. Son los

jardines de Italia palacios sin techo ni muros que ostentan sus tesoros de mármol, de bronce, de jaspe bajo el palio de las palmeras, entre filas de cipreses que parecen guardianes en alerta.

La Francia de Luis XIV inventó el jardín pomposo y solemne que se presta para desarrollar de modo imponente toda la majestad de la Monarquía absoluta. Los jardines de Versalles son grandioso escenario por el cual desfilaron las comitivas inauditas de riqueza y esplendor descritas por el Duque de San Simón. Largas teorías de carrozas tiradas por varios troncos empenachados, correos de gabinete, palafreneros, pajes, escuadrones de caballería, batallones, cruzaron bajo los álamos siguiendo las avenidas triunfales que dibujó Le Nôtre.

Las fuentes no serán ya aquellas preciosas obras de arte que el Cardenal de Este donara á su villa célebre, sino monumentos de proporciones formidables en que todo el Olimpo puede cómodamente alojarse.

María Antonieta, siguiendo la moda impuesta por Rousseau de la vuelta á la Naturaleza, establece al lado de Versalles el poético retiro denominado «Le Hameau». Son huertas que quieren parecer bosques revueltos, con aspecto de espontaneidad y de incultura. Eran sin duda copia de los jardines ingleses, que se acerca más á nuestra idea del parque que á la del jardín.

No faltaba en el «Hameau» de María Antonieta ningún detalle del característico jardín inglés. Ni el molino, ni las ruinas romanas, ni la granja, ni los lagos tersos que espejan el paisaje en lejanías de irrealidad.

Ese jardín inglés, que significa todo lo contrario de la mesura y el orden clásico, propios del Renacimiento, se propagó en el continente á favor de los vientos románticos.

Con Lamartine, con Chateaubriand, con Víctor Hugo todo el mundo quiso tener un plantío

descuidado, pródigo en veredas herbosas y boscajes imprevistos.

Alemania obedeció á las modas occidentales. Durante el siglo XVIII no hubo gran duque ni príncipe alemán, por escasa que fuera el área de sus dominios, que no poseyera un palacete de estilo francés, con el jardín á la manera de Le Nôtre. Ninfenburgo cerca de Munich, actual morada de S. A. la Infanta Doña Paz; Wilhelmshöhe en las proximidades de Cassel, prisión un día de Napoleón III; Schönbrun, morada del actual Emperador de Austria Hungría; el palacio y parque de Sans Souci en Potsdam son edificios y jardines del más puro estilo francés. En Inglaterra son de notar los jardines de Hampton Cour, también franceses.

El Englische Garte de Munich es un modelo acabado del jardín á la inglesa.

España recibió esas influencias europeas: la francesa, la italiana y últimamente la inglesa.

El Renacimiento, que elevó en España bellos palacios, la dotó también de armoniosos jardines á la italiana. Los caballeros españoles que se establecieron en Granada, después de la conquista, hicieron trazar profusión de verjeles á imitación de Italia. Son de notar, por ejemplo, la mayoría de los del Generalife, los de la Zubia (Huerta del Arzobispo), los del palacio de Viznar, algunos carmenes y los espléndidos de los Mártires.

Cerca de Madrid tenemos los jardines de los Frailes y de la Casita de Arriba, en El Escorial, que corresponden al gusto clásico.

Hijos del influjo francés, de la época que allende el Pirineo se denomina *El gran siglo*, son La Granja y Aranjuez.

El estilo inglés de jardinería no prospera en gran parte de nuestro suelo. Las praderas se agostan bajo el sol ó crecen con tal ímpetu que pronto se convierten en desahorados hierbales. El polvo, huésped implacable de nuestros veranos, hace intransitables las avenidas anchas expuestas al viento y á los soles estivales. Al jardín anglo español le faltan la frescura de los prados, la poesía de los paisajes velados por la niebla, el encanto de la media luz que ilumina praderas parcamente sembradas de árboles. En nuestro país el bosque ha de ser apretado, tupido, bronco, para proteger de los rayos solares.

El Municipio granadino tuvo años hace la idea de transformar los históricos jardinillos del Genil.

Cayeron á tierra árboles y setos, desaparecieron viejas piedras de mucho carácter y verjas forjadas para dar paso á un parque inglés.

La nota más original entre los pensiles españoles diéranla sin duda los de origen oriental, aquellos que para su regalo importaran los árabes dominadores; y dije diéranla, porque el tiempo, que no perdona ni aun á las piedras y es muy cruel con el existir de las plantas, ha borrado sus huellas ostensibles en tierras hispanas.

Para reconstituirlos quedan sin embargo algunos vestigios. En Granada he descubierto un carmen que pudo salvar las líneas principales de su remota traza mora.

Es el árabe amigo de esconder su vida íntima tras muros y celosías, en interiores que su sensualidad hizo muelles, ricos y deleitosos.

Acostumbrado á clima caluroso, rodea su vivienda de vegetación. El moro granadino establecido en una ciudad muy populosa á la sazón, que se estrechaba entre dos colinas, aprovechó bien el terreno. Las casas moriscas en Granada aún en pie, sorprenden por la ingeniosa distribución. Junto á la casa, compenetrado con ella, á veces amplificación de las mismas, crece el jardín.

Tanto en el palacio como en la casa modesta es el jardín una vivienda más. El jardín entra en la casa y la casa sale al jardín, de tal suerte fundidos, que es á veces difícil distinguir entre un patio florido y un jardín.

El moro subdivide su verjel en múltiples parcelas que adaptó á sus inclinaciones por la vida íntima. Formó plazuelas rodeadas de bancos, orladas de macetas, ornamentadas con alguna fuentequilla y un surtidor, empedradas de finas guijas y protegidas del sol por álamos y parrales. En esos graciosos patios se instalaba con sus mujeres durante las horas de la siesta, extendido sobre almoadones y tapices, mientras la mirada vaga perseguía un ensueño á través de la cúpula vegetal que el sol enciende con luz de un verde milagroso.

Entre los bancales en flor, que se extienden al nivel de la tierra, abre caminitos muy estrechos por los cuales apenas cabe una persona. Y esas rutas limitadas por muretes de mirto ó de boj, conducen á cenadores llenos de sombra, estanques de verdor denso, pilares que riman su canturía con la salmodia de cigarras y grillos y el croar de las ranas. voz del jardín en las tardes

estivales, en las noches de plata. De trecho en trecho adorna el paseo una fuente de taza hecha de mármol ó de azulejos que tiñen el agua con tonos de ilusión.

La arquitectura del jardín moruno es la misma arquitectura general de los árboles. Sólo los materiales varían. Los minaretes de mármol, mosaicos y azulejo en el palacio son glorietas de ciprés ó de laurel en el jardín. El dibujo es idéntico: el arco de herradura y la cúpula apuntada.

Las galerías tienen columnas de mármol en el palacio; de arrayán, de ciprés ó de tulla en el jardín. La fuente que salta en las estancias del alcázar nazari es la misma que brilla al sol en Generalife ó en los Cármenes; el agua que corre por los patios de la Alhambra en canales de mármol tiene azarbes más humildes en los jardines; pero su disposición es unánime.

El jardín del moro granadino es un refugio hecho para la meditación y el deleite. Está arreglado como las habitaciones de una morada para satisfacer las necesidades de la vida cotidiana.

El dibujo de sus acirates es geométrico, los materiales empleados para las obras de albañilería en él engarzadas son pintorescos y vistosos como alizares y azulejos policromos.

La pasión del color sembrará claveles de fuego, rosas de Bengala, dalias amarillas, alelís rosa, girasoles de oro al borde de fuentejillas donde todos los tonos del iris, esmaltados en barro cocido, relumbran bajo el agua viva y diamantina.

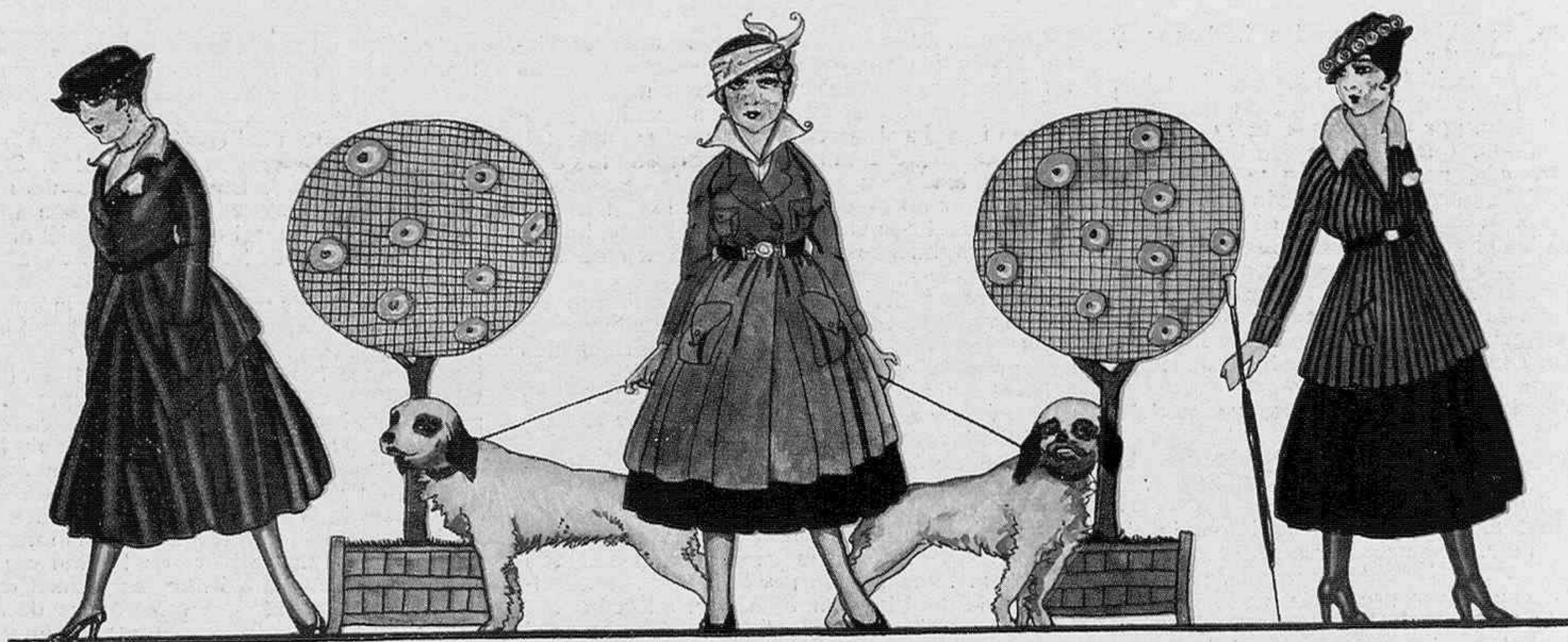
En esos verjeles morunos, vivientes tapices de Smirna, hoy abandonados, vaga el espíritu de un pueblo sensual y exquisito que supo hallar una fórmula original de cultura encarnándola en la Alhambra. Son jardines en ruinas; las plantas se apoyan unas en otras como huérfanas á la vera de fuentes muy tristes que copian en sus aguas inmóviles girones del cielo. Las piedras seculares, comidas por el tiempo, ostentan manchas de verdín, y en el fondo de las tazas, entre el verdoyo y las tobas, anidan misteriosas alimañas acuáticas. Un perfume reconcentrado y sutil, mezcla de resinas olorosas que el sol macera, de flores, de rosas marchitas y plantas muertas, irradia estos jardines melancólicos, por cuyos arriates largas procesiones de almas pasan en silencio.

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN



Jardines del Duque y de Aliatar, en Loja





LAS DEPORTISTAS

No soltaré yo, como Bernard Shaw, que decir «mujer deportista» equivale á decir «mujer maniática»; entre otras cosas, porque cuando Bernard Shaw dijo ésto, se habían juntado en Londres veinte ó treinta Congresos deportistas y estaban Bernard Shaw y los que no eran Bernard Shaw, hasta la mismísima coronilla, de futbolismo, tennismo, ciclismo, etc. Pero sí me daré el gustazo de protestar—claro que con muchísimo respeto, por tratarse de damas—, de que vaya cundiendo en nuestro país de mesócratas una ocupación como el deportismo, ocupación de millonarios. Me refiero, naturalmente, al deportismo suntuuario que comprende, como se sabe, las carreras, las carreras de caballos, el automovilismo, el balandrismo, el polo y el tiro de pichón.

Claro está que han pasado los tiempos «bárbaros» en que filósofos tan ásperos como Moebius dogmatizaban la inferioridad espiritual y física de la mujer, y en que higienistas tan severos como el doctor Javerd prohibían á las damas, no solo los deportes, sino hasta el uso de corsés, cinturones y ligas.

Pero lo que no va en lágrimas va en suspiros. Porque si es cierto que hoy la Filosofía iguala espiritualmente á la mujer con el hombre y si es cierto también que la Higiene, no solo admite ligas, cinturones y corsés, sino que admite y hasta receta los deportes como eficaces colaboradores de la salud, no menos cierto es que la Sociología condena el deportismo como una abominable escuela de ocio y que la Economía lo considera como «consumidor improductivo» y por tanto, como un peligro social.

No sé si Julio Huret ó si Luis Barzini—porque los dos admirables periodistas recorrian por entonces los Estados Unidos, Huret por «Le Figaro» y Barzini por «Corriere della Sera»—refirió hace unos años su visita á un colegio de señoritas de Boston ó de Filadelfia.

Sorprendido al mirar los varios ejercicios físicos de gimnasia, poleas, natación, carreras á pie y otros análogos, el periodista felicitó efusivamente á la directora y comenzó á elogiar el deportismo como un indispensable complemento de la educación moderna. Nuestro hombre, por supuesto que con mayor in-

genio y cultura que suele hacerse, sacó á relucir el resobado «Mens sana in corpore sano»; pero, con verdadero estupor, oyó que la directora condenaba en formas templadas, aunque implacables, todo lo que oliese á deportes.

Huret—ó Barzini, porque repito que no estoy seguro—se apresuró á interrogarla: «—Entonces, ¿cómo enseña usted á estas señoritas gimnasia, poleas, natación y todo lo demás que hemos visto?»

—Porque nada de esto es deporte—respondióle la directora con gran naturalidad—. Todo esto es higiene individual, tan necesaria como el baño ó como el sueño.

—Entonces, ¿qué es deporte entre ustedes los americanos?»

—Entre nosotros, los americanos, deporte es ocio, y deportista el que no trabaja. Este colegio no es para señoritas ociosas, sino para señoritas trabajadoras; por eso aquí no enseñamos deportes; por eso no encontrará usted aquí ninguna deportista.

Recuerdo que la cosa me gustó, y prueba de que me gustó es que, mal ó bien, la he retenido en la memoria.

Pero como no solo de pan vive el hombre, ni solo de Sociología y de Economía los pueblos, el que economistas y sociólogos reniegan de las deportistas no significa que reniegue todo el mundo. Por ejemplo, los poetas y los pintores encuentran en el deportismo manantiales de gracia y siluetas de encantadora distinción. El vulgo letrado suele hablar de Juegos Olímpicos, de odas de Píndaro y de esculturas griegas, como del Viejo Testamento deportista.

Sin embargo, conviene precisar.

Porque ni en el Estadio, ni en el poeta de Geron, ni en el Discóbolo, ni en el Auriga Delfico, hay la menor huella femenina. Exceptuando la danza, los deportes griegos son genuinamente varoniles. En cambio, los deportes modernos han conquistado á la mujer; y sus fastos mejores son la gallarda silueta de una rubia jugando al «crikquet» ó el gesto, lánguido y ocioso, de una morena que mira, desde su butaca de mimbre, el volar azorado de los pichones en el Tiro...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJOS DE F. RAMÍREZ



La fuente del Acero y las mañanas de Junio



ATENEOD E
BIBLIOTECA
M A I D

B IEN puede decirse que todo el año, desde las fronteras de Septiembre hasta el cabo de Mayo, no fué traído por Natura á otra causa que el nacimiento deste mes florido que es gala de los jardines y bendición de los campos.

Cruels fríos, pertinaces lluvias, huracanadas ventiscas y fuertes besos de Febo que parecen dados por las ardientes carrilleras de Agosto, son la savia que hacen á Junio florido y galano.

En estas lindas mañanas puéblanse los paseos de la Corte, y más que todos, los viejos jardines del Retiro, de gente moza y jovial que da su alegría al perfumado ambiente como el cielo les da su azul y su sol.

No es ya costumbre, como lo era antaño, el bajar las mocitas en flor á la fuente del Acero, que aún parece que está en las mismas puertas de la Casa de Campo.

Ella dió pie al mayor ingenio de España, Fray Lope Félix de Vega, para componer una de sus más delicadas comedias, que intituló *El Acero de Madrid*.

Hasta habrá pocos años, bajaban en las mañanas estivales á beber de aquel agua bienhechora, las doloridas mocitas que sufrían los rigores de Natura, floreciendo con mucha angustia.

¡Cuántas tomando su pasaporte de mujeres, no habrán tomado á la par su galán!...

¿No sabéis la historieta de aquella Doña Irene, que al mismo pie de la fuente saludable hizo una mañana la jornada eterna de su vida?...

Ella era hija de un secretario del rey; el nombre del padre no le conserva la leyenda, la Historia no quiso cedérsele.

La niña era huérfana de madre desde los más tiernos años, y así corría á cargo de una dueña.

Pensaba el hidalgo que esta mujer era punto menos que su difunta esposa para cuidar á Doña Irene, y las dejaba á su albedrío.

Coche en el Prado, rua en la calle Mayor, merienda en el Soto y toros en la Plaza; en todas partes hallábanse señora y dueña.

No se sabe si esta vida ó la delicada compleción de la mocita, quebráronle de pronto la salud y comenzó á mustiarse como flor que agota el ábrego.

—El acero le hará bien—aconsejaron al padre—. Con que todas las mañanas acuda á beber de aquella agua, quedará rolliza y fresca como una manzana.

Y aquel punto de partida para alcanzar la salud, no fué sino nuevo motivo de bulla...

Y hubo un galán que obró más reciamente en la contextura de Doña Inés, que las aceradas linfas...

Pero el seductor era vocinglero, destos que

si no hacen pública gala y loa de sus triunfos no los estiman conseguidos, y dando un cuarto al pregonero echó á volar la honra de la muchacha.

No tardó mucho en enterarse dello el malaventurado usía, y quiso cerciorarse por sí mismo de si era ó no cierto su deshonor.

Buscó la ocasión una mañana y vió cosas que no pudieron dejarle lugar á dudas, y con las vidas de los dos amancebados, ensartadas en los filos de su estoque, dió venganza al agravio...

ooo

El vulgo de entonces solía decir, jugando del vocablo, con la vengadora espada del secretario y el agua de la fuente, que entrambos aceros curaban, el uno vidas y el otro honras.

od

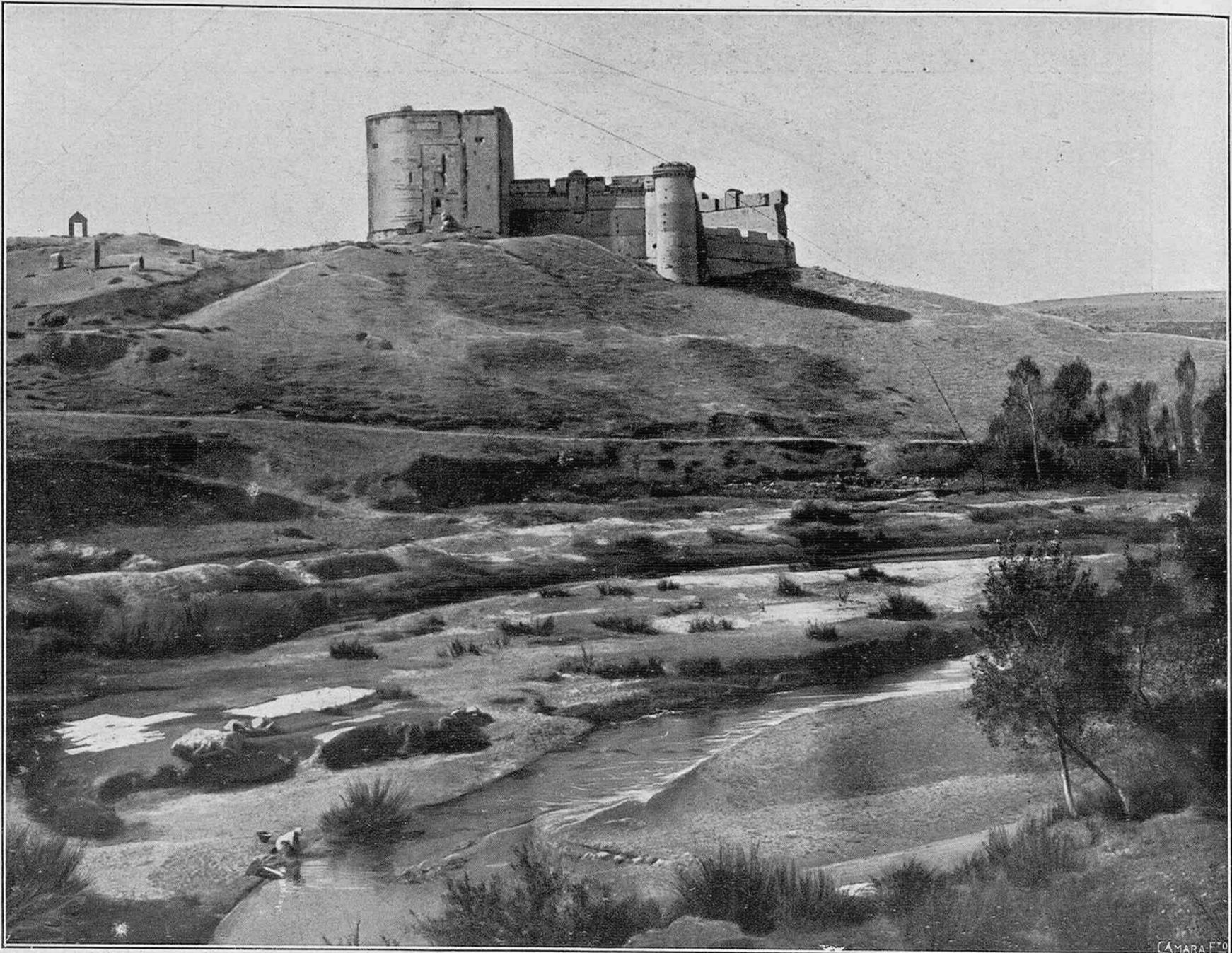
Las niñas de ahora, seguro es que ni saben esta leyenda ni conocen el manantial, y estas mañanas floridas suelen cruzar ante él, con la amable alegría de un sol tenue y el pálido color desas florecillas enfermas que quieren brotar y no pueden...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE ECHEA

RECUERDOS HISTÓRICOS

La insigne villa de Arévalo



El famoso castillo de Arévalo, que se levanta en la confluencia del Adaja y el Arevalillo, en el que estuvo presa la infeliz reina doña Blanca, esposa de D. Pedro de Castilla

Aunque la villa de Arévalo tiene un excepcional interés histórico desde remotísimos tiempos, es desde el siglo XIV desde cuando empieza a figurar más frecuentemente y con más directa intervención en los anales castellanos, y como de épocas anteriores son rarísimos los recuerdos que se conservan, vamos a prescindir en absoluto de aquellas épocas enterradas en el polvo del olvido, para dedicar nuestra atención a las que evocan los edificios ó las ruinas existentes, mudos testigos de los días esplendorosos que el destino deparara á la señorial población.

El ruinoso castillo que se yergue no lejos de la villa, evoca la figura de doña María de Molina, á quien prestó tan decidido apoyo don Fernando Verdugo al frente de sus deudos y amigos á fin de obtener la regencia de Alfonso XI. En Coca, de la que se apoderaron los partidarios de la reina, conferenció ésta con sus adversarios brindándoles una amistosa transacción.

Aquellos muros tuvieron aprisionada en 1355 á la infeliz reina doña Blanca, esposa de D. Pedro de Castilla, desde pocos meses después de su matrimonio hasta que fué trasladada á Toledo para seguir la triste odisea que puso cruel y

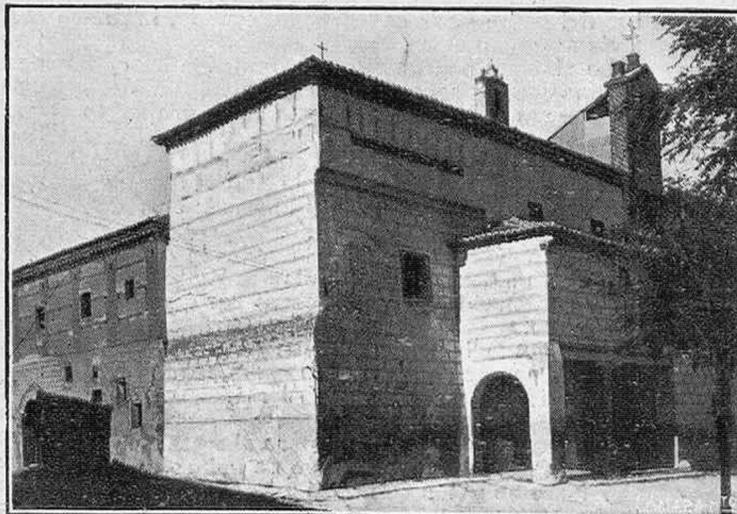
prematureo fin á su vida en Medina Sidonia. Fué Arévalo residencia real desde aquellos tiempos, durante un largo período.

Allí residió Juana Manuel, esposa de Enrique II, Beatriz de Portugal segunda mujer de Juan I y la rica hembra Leonor, condesa de Alburquerque, que no llegó á celebrar sus anunciados esponsales con el duque de Benavente por haber dado la preferencia al infante D. Fernando que la hizo más tarde reina de Aragón.

En poder de su segundo hijo D. Juan hallábase la villa en 1421 cuando la esposa de éste, heredera de Navarra dió á luz al primogénito, el desdichado príncipe de Viana, á quien sacó de pila Juan II, acompañado de D. Alvaro de Luna.

Veinte años después, muerta la reina de Navarra, su esposo usurpaba al hijo el reino de su madre y la villa convertíase en cuartel general de los descontentos, con quienes se hallaba hasta la mujer de Juan II, María de Aragón. Las fuerzas reales invadieron Arévalo con motivo de la guerra civil y después de alternativas varias, su inquieto señor perdióla definitivamente después de la batalla de Olmedo.

La nueva consorte de Juan II, Isabel de Portugal, fué dueña de la villa en la



Convento del Real, ocupado actualmente por la comunidad de monjas Bernardas

CÁMARA F.º

que fijó su residencia la reina viuda con sus hijos Alfonso é Isabel.

La Infanta que más tarde había de immortalizarse como Reina católica, recibió allí un mensaje del príncipe Carlos de Viana solicitando su mano; pero el matrimonio no pudo efectuarse por impedirlo la inopinada muerte del desdichado príncipe ocurrida en 1461 en Barcelona.

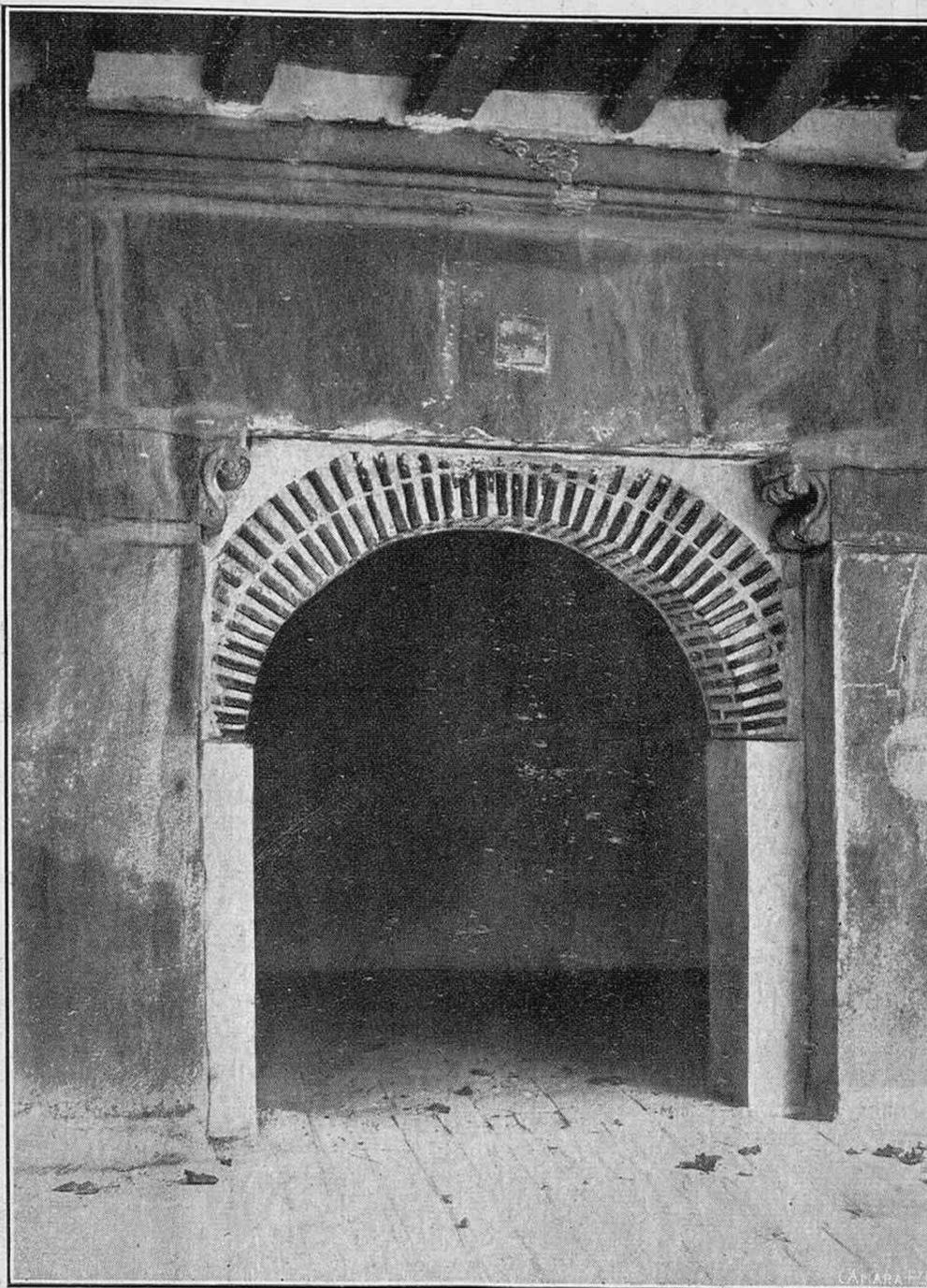
De allí fué sacado el niño Alfonso para ser instrumento de usurpación en manos de los rebeldes, pero el vecindario de Arévalo no consintió que dentro de sus límites se efectuara la degradante escena que tuvo su escenario en las cercanías de Avila.

Aplacadas aquellas turbulencias después de la muerte del príncipe, en 1469 el rey Enrique recompensó los servicios de D. Alvaro de Zúñiga con la concesión de Arévalo y del ducado de este nombre.

A pesar del enojo que la imposición del nuevo señorío causó á los caballeros de la ciudad, ésta permaneció en poder de Zúñiga, hasta 1488 en que falleció, volviendo á la madre de la Reina Católica que privada de razón, terminó allí sus días el 15 de Agosto de 1496.

De la importancia histórica que tuvo Arévalo durante un largo periodo, existen aún muchos recuerdos que si ofrecen gran interés por los hechos que con ellos se relacionan, merecenlo también por el mérito artístico que ofrecen algunos de los que lograron resistir los embates del tiempo.

Un viejo caserón que últimamente se destinara á convento de monjas cistercienses, fué palacio de monarcas en otros días. En él, más bien que en el castillo, residieron las personas reales que honraron la villa con su presencia. Las dos esposas de Juan II, el infante D. Alonso,



Portada de piedra que existía en la casa en que vivió la reina Isabel la Católica, adquirida por el excelentísimo señor general Del Rio, quien la tiene instalada en su casa

Isabel la Católica, su nieto el infante D. Fernando, y aun después de convertido en residencia monástica moraron en sus habitaciones todos los reyes de la casa de Austria que transitaron por Arévalo. Logró este privilegio del Emperador el famoso alcalde Ronquillo antes del lamentable suceso que le dió fama, manchando sus manos con la sangre del Obispo Acuña.

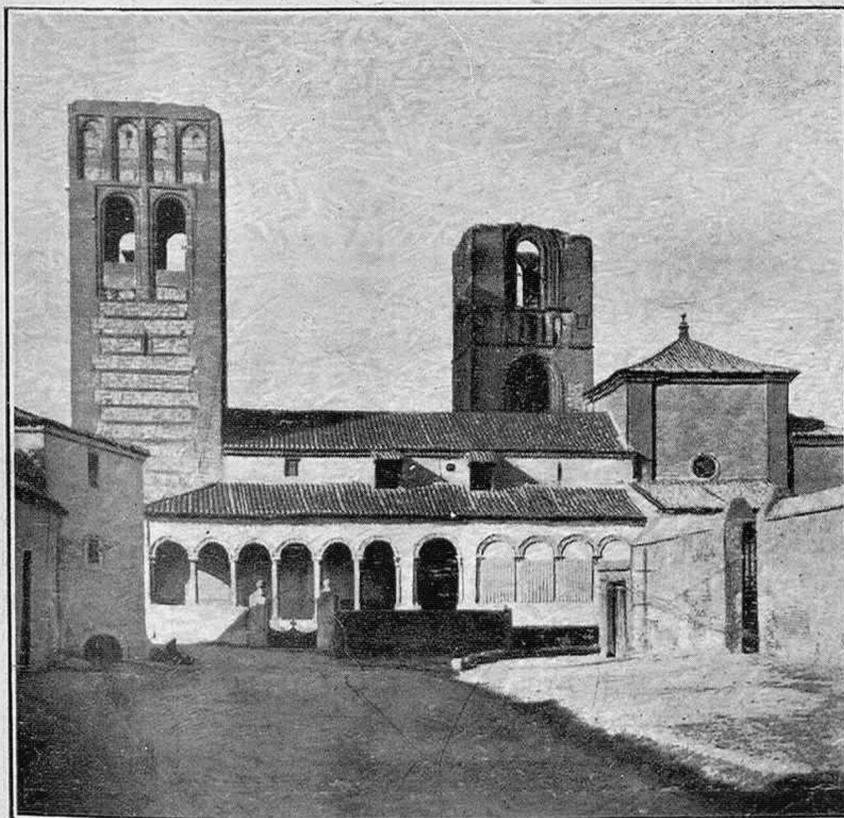
De los numerosos templos que se repartían los feligreses y en los que abundaban las tumbas de ilustres personajes, sólo quedan algunos, que no son de los más monumentales ni de los más ricos en recuerdos artísticos, que como San Miguel, con su torre mocha y sus paredes aspilleras, recuerda la condición defensiva á que se consagraban en aquellos tiempos accidentados y turbulentos.

En este templo consérvase un retablo del siglo xv que en el principal de sus tres cuerpos contiene pinturas de gran interés.

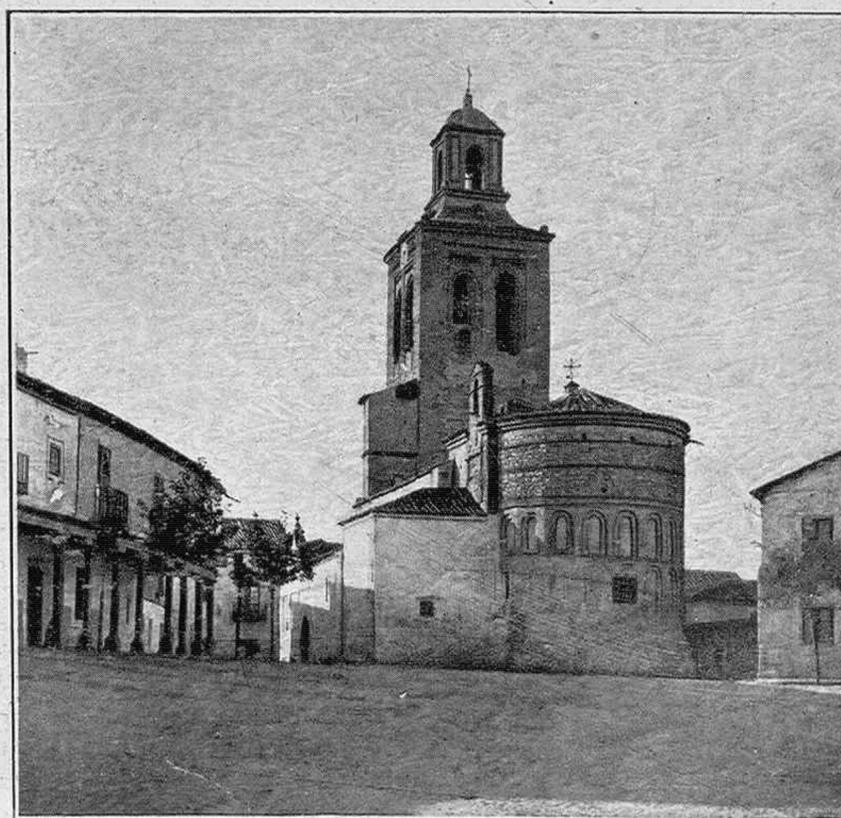
En el espacio que media entre las últimas casas de la villa y el castillo alzabase hasta hace pocos años la parroquia de San Pedro, de recia arquitectura, con más aspecto de fortaleza que de iglesia. Tradiciones que no merecen consideración consignaban que en la edad gentilica fué templo de Minerva y refugio de la silla de Avila durante el califato de Abde-rahmán.

Del castillo en que estuvieron recibidas tan ilustres personas como la reina Doña Blanca, D. Fadrique Enriquez, primogénito del almirante, el marqués de Ariza, en el reinado de Felipe II, y el duque de Oranje en tiempos de Felipe IV sólo quedan los muros exteriores, habiéndose convertido en campo santo su recinto.

JUAN BALAGUER



La antigua iglesia parroquia de San Martín

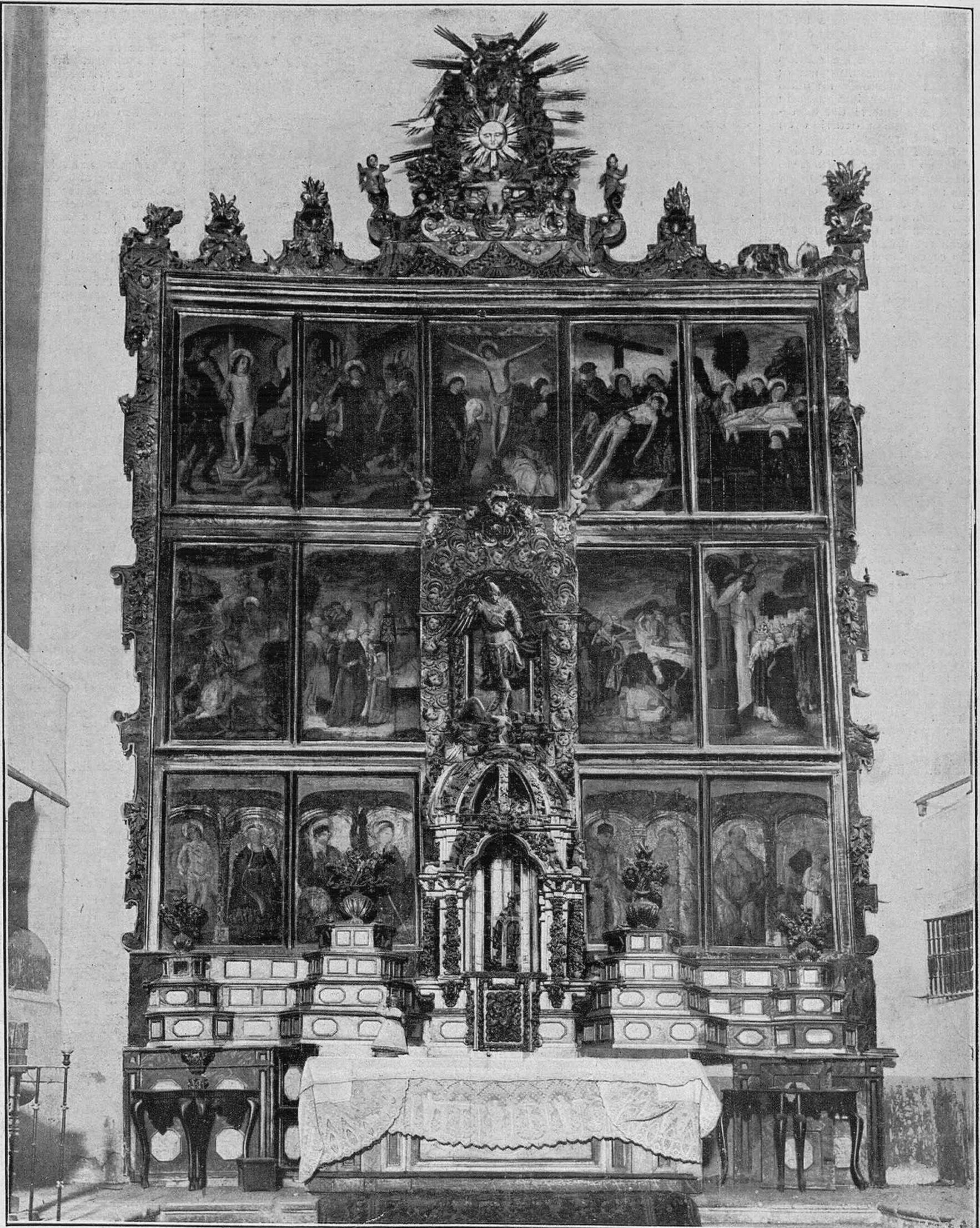


La iglesia de Santa María, en la plaza de la Villa

FOTS. LÓPEZ BEAUBÉ



LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



HERMOSO RETABLO DEL SIGLO XV, EXISTENTE EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN MIGUEL, DE AREVALO
FOT. LÓPEZ BRAUDÉ



"A plena vida", cuadro de José Pinazo Martínez

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

JOSÉ PINAZO

SEÑALA el cuadro titulado *A plena vida*, que fué uno de los más admirables de la Exposición Nacional de 1910, el momento en que comienza la manera definitiva de José Pinazo Martínez.

Y no tiene, sin embargo, esos balbuceos técnicos, esas audacias que quieren volar, sujetas todavía por el plúmbeo lastre de las anteriores resignaciones; no se encuentra la lucha entre lo que hasta entonces menta la personalidad y lo que ya será verdadera expresión del temperamento. No es, en suma, un cuadro de transición, de crisis, en los precedimientos y en los ideales.

Todo en *A plena vida* responde ya al criterio encontrado, á la afirmación en sí mismo, al concepto exacto de lo que debe ser la pintura moderna, inspirada en aquellas exaltaciones del color y de la luz

que están lalentes en los flamencos y venecianos de siglos áureos.

Con ventajosa diferencia de otros cuadros, que envejecen como los seres humanos y pierden el ficción encanto que la actualidad ó los momentáneos extravíos pudieron otorgarle de un modo pasajero, *A plena vida* resiste el posterior juicio.

Visto después de algunos años, conserva intacta su belleza sugeridora. En torno de la lindísima figura de mujercita que hay sentada á primer término—y que es, en su actitud pensativa, delicado símbolo del idealismo—está la realista agrupación de frutas, flores, pañolónes chinescos, botellas..., y el amor, encarnado en un mocetón moreno y pinturreo, que avanza el busto como los primeros versos de una copla sensual.

Completan las líneas el armónico conjunto, el musical ritmo de las masas. Forma plácido contraste con la «exuberancia sujeta» del primer término este delicioso paisaje tranquilo y sumergido blandamente en el verano...

Y, sobre todo ello, la complacencia del pintor, del descendiente de hombres mediterráneos, por el color, el regocijo de buscar bellas armonías y pulir los tonos hasta llegar á la máxima brillantez.

Dos años después, en la Nacional de 1912, ratificaba la media figura de la campesina con el cestillo de frutas la nueva orientación de José Pinazo Martínez. Por último, la medalla de oro otorgada el año 1915 al cuadro *Floreale*, consagraba de un modo definitivo esta tendencia altamente decorativa y este refinamiento luminista del ilustre pintor.





“En la Pradera“, cuadro de José Pinazo

José Pinazo Martínez es hijo de uno de los más ilustres pintores de fines del siglo xix, de Ignacio Pinazo, á quien el año 1912 se concedió la medalla de honor como premio á una vida incesante de trabajo y á un arte puro, incapaz de abdicaciones y falseamientos acomodaticios.

No hubo, pues, de luchar José Pinazo—como tampoco su hermano el notable escultor Ignacio—con los obstáculos familiares que el padre hallara en sus comienzos.

Todo lo contrario. Nació en Roma el año 1879 estando pensionado su padre en Italia por el Estado español. Apenas había cumplido dos años se trasladó la familia Pinazo á Valencia, donde se desarrolló la infancia del futuro exaltador de las valencianas bellezas.

Ambiente de arte cercó beneficioso esta infancia y antes supo manejar el lápiz que deletrear la cartilla, y más le placía pasar el tiempo absorto ante la crecientemente maravilla de los colores, creando figuras, campos y cielos sobre los lienzos de su padre, que entregarse á los juegos y regocijos propios de su edad.

En 1895, á los dieciseis años, concurre por primera vez á una Exposición Nacional y es recompensado con mención honorífica. A los dieciocho y veinte obtiene sendas terceras medallas en las Nacionales de 1897 y 1899.

Pero su más sólido y admirable triunfo, el que ya significaba algo más que promesas y alientos, fué la segunda medalla conseguida en la Universal de París de 1900. Los críticos



JOSÉ PINAZO MARTÍNEZ
Ilustre pintor

FOT. CAMPÚA

franceses unieron el nombre de este mozo de veinte años á los de Sorolla y Rusiñol, viendo en él un legítimo continuador de la pintura española.

Arma de dos filos suelen ser estos laureles que ciñen las frentes en plena adolescencia. Buscan las malas pasiones en los espíritus ajenos y siembran la vanidad en los propios. Es entonces llegado el verdadero calvario. Al artista no se le perdona el destacarse demasiado pronto y suele, además, el artista, desoir la voz sana y sincera de su propia crítica.

Pudo darse en José Pinazo el primer peligro, el de la ajena envidia de tempraneras recompensas, y á primera vista así parece, cuando tardó trece años en llegar la segunda medalla, después de conseguir otras de igual categoría en las internacionales de Bruselas y de Barcelona el año 1911, después de presentar en la de 1910 *A plena vida*, que es un acierto indiscutible.

Supo, además, sortear el joven artista el segundo peligro del envanecimiento y de la juvenil soberbia. Es en su vida este período decisivo, de los veinte á los treinta años, el más fecundo en trabajos de las terribles interrogaciones á su voluntad y á su inspiración.

La influencia técnica é ideológica de su padre, pesa en José Pinazo de un modo harto ostensible. Por otra parte, el sorollismo triunfante y las luministas audacias modernas contrastaban entonces con el exceso de vulgaridad en los asuntos, con la falsa reacción na-



"Valenciana"

turalista, después de la pintura histórica y de los lienzos de tesis melodramática.

Pinta paisajes de acentuado realismo y retratos, en los que ya se presiente el deseo de libertarse de ese realismo. Cuadros vulgares como *En visperas de exámenes* y *La oración de los viernes*, y cuadros de exaltación luminista como *La muerte de Petronio*, que, además, significó una escapada del ambiente gris y monótono de la vida cotidiana.

Afirma después—Exposición Nacional de 1908—este luminismo, esta complacencia de las exaltaciones coloristas, en los cuadros *Nocturno* y *Five o'clock tea*, que representan grupos de mujeres elegantes, pintados un poco á la manera de Toulouse Lautrec ó de Anglada, y aprovechando aquella ampulosidad de la moda del momento con los sombreros enormes de las plumas de amazona y los abrigos amplios, ondulantes. Pero tampoco era esta la tendencia definitiva que, según decimos anteriormente, había de llegar con el lienzo *A plena vida* y que la segunda medalla de 1912 y la primera de 1915, consagran de modo concluyente.

¿Ha encontrado el artista su verdadera personalidad? Esta vez, sí. Retornando á sí mismo y á la entraña de su raza. Valencia se le entrega como una



"Fruta escogida"

Fruta escogida, *Floreal*, le autorizan á creerse dueño de un estilo propio y de una personal visión. Así, el cuadro que ahora empieza á inquietarle con bocetos y apuntes, es el de una fiesta de los antiguos gremios valencianos, con las pesadas banderas de patricio color desplegadas á los vientos, perfumados de azahares y amigos de las velas latinas sobre los flotantes horizontes azules del Mediterráneo.—SILVIO LAGO



"Manolita"

amante enamorada y entusiasta. Es ya pintor de Valencia, respondiendo á un criterio distinto del de otros maestros valencianos deslumbrados por el sorollismo.

Bajo su pincel el alma de su región—falseada, empobrecida hoy por esta uniformidad de costumbres é indumentarias que borra los característicos rasgos regionales—resurgirá con toda la latina gracia y toda la riqueza colorista de los tiempos preteritos. En sus valencianas de hoy pone las galas de ayer, ve los campos en su eternal exuberancia florida y evoca en figuras armónicamente agrupadas las fiestas y tradiciones de la raza.

No lo ha hecho antes, cuando su espíritu tenía rembrances contrastes, sino ahora, en que ya *A plena vida*,



"Copla del vigor"



ENREDOS DEL DIABLO
"Dúo del silencio"
(Cuadros de José Pinazo)



"Romanza amarga"



Una vista del Albaicín, de Granada

FOT. SOL

LA ALEGRÍA DEL ARRABAL

Si las capitales son señoras remozadas, un tanto jactanciosas y aun en ocasiones más severas de lo que convendría, por confundir la adustez con la gravedad, los arrabales parecen mocitas alegres, eternamente despreocupadas al amparo del sol y al arrimo de la independencia.

Al observador más sagaz ó enamorado de lo diminuto, no se le oculta este contraste, este remozamiento que las calles excéntricas de los suburbios delatan, aun bajo el abandono municipal en que, indudablemente, sin irritadas protestas del vecindario, se ven á través de los años y de las generaciones. En el caso urbano, los edificios y los transeúntes revelan una pulcritud, una burguesa preocupación que favorece á la estética, á la higiene y aun á las buenas costumbres. Nadie se atrevería á censurarlo; ni siquiera el hombre de la caja de pinturas ni la señorita del *Kodak* infatigable, ya que «lo pintoresco», acosado por el progreso, va confirman-

dose, más ó menos remolonamente, en lugares inferiores á Frajana. Pero los arrabales, emancipados en ciertos aspectos, de la ciudad, á la que á menudo engalanan, más bien que agobian ó ruborizan, conservan una belleza, un carácter, un gesto peculiares que se traducen en luminosa jovialidad y en sugestiva animación. ¿Que importan los remolinos de polvo, las rúas sin aceras, los farolillos mortecinos, las nubes de rapaces descalzos y canes famélicos y hembras desgredadas, si entre tanta escoria social y no urbanizada el paciente forastero descubre una risa toda salud, un balconcillo florido todo primavera, un rincón hogareño, fregoteado y brunito, donde se trabaja, se quiere, se sueña y se ríe con ejemplar optimismo?

En las barricadas más miserables, como en los seres más antipáticos á primera vista, hay que ahondar, escrutar sin impacientarse. ¡Oh, la limpidez y pureza del agua en muchas cuevas, llenas á su entrada de fealdades y peligros como

aquella de Montesinos, asombro inolvidable del esforzado manchego! Cuanto más que en el suburbio abandonado suele abundar á veces lo hediondo tanto como en la por fuera coquetona ciudad, á menudo «sepulcro blanqueado». Hay, eso sí, menos hipocresía, asociada, por rigores del destino, con la necesidad. Los corazones, en cambio, son brújulas que apuntan, en todo momento hacia la buena fe—esa estrella casi nunca encendida sobre los tejados de los más populosos «rascacielos».

El arrabal viene cantando ó suspirando hace mucho tiempo, y nunca se verá libre de su poca fortuna, que es un tesoro. Allí están las casas colmenas con sus flores, sus rebeldías y sus orgullos; allí las familias estupendas «que comen poco, pero ríen mucho»; allí el fraginar de sol á sol y el no pedir demasiado y el lloriqueo del chiquillo, «que robustece el pulmón», y la copla amorosa, que llena el aire de inmensidad...

E. RAMIREZ ANGEL